

Este prodigio parece mayor cuando se considera que fué profetizado. Dos oráculos sagrados han dicho muchas veces que Israel subsistiría siempre en medio de sus castigos y miserias hasta que Dios en el tiempo que tiene señalado su misericordia, les llame á la fe y á la adoración de Jesucristo; y este sirve para entender la conducta de Dios y su profunda sabiduría. Los juicios castigados, dispersos y conservados por un milagro continuo, dan testimonio á Jesucristo, y cuando se convirtieran á nuestra fe, lo darán todavía mayor. Aquel será voluntario; esto es á pesar suyo.

Si no fueran mas que castigados, no probarían mas que la justicia de Dios; si no fueran mas que conservados, solo probarían su poder; pero estando reservados para adorar un día á Jesucristo, también prueban su misericordia. Así, la reunión de estas circunstancias lo prueba todo. Su dispersión prueba que Jesucristo vino y que ellos lo crucificaron; su conversión, que aun no están abandonados y que un día crearán en él.

Su corazón parece ahora inflexible; pero la misericordia divina les ha prometido un día de favor, y tiene reservado un término á su incredulidad, como le había reservado á la ingratitude de los gentiles. Nadie puede saber el tiempo en que ejecutará esta promesa que hizo á la última posteridad de Israel; pero como esta época debe ser la de una

grande renovación en la Iglesia, ó como dice el apóstol, de una grande resurrección, los cristianos debemos esperar este momento con firmeza y aguardarle con nuestros gemidos y oraciones.

Estando aquí calló un poco el padre, y luego me dijo: Me parece, señor, que basta por hoy. No quisiera fatigar vuestra atención ni abusar de vuestra paciencia. Si tenéis la bondad de sufrirme, mañana continuaremos, y con esto so fué. Yo estaba tan atolondrado y tan fuera de mí, que apenas pude con los labios balbucientes darle gracias. ¡Ay, Teodoro, qué hombre! ¡Como en aquel momento todos los filósofos me parecían pequeños; cómo sus libros me parecían frívolos y sus argumentos ridículos! ¡qué pequeño me parecí yo mismo á mis propios ojos!

¿Cuánto había que saber que yo ignoraba! Cada día veía cosas nuevas de que no tenía la menor idea, y con todo yo me creía muy instruido. Yo veía con desprecio á todos los que llamaba fanáticos y que tenía por débiles y por ignorantes. Te aseguro que estaba interiormente corrido, que sentía en mí una especie de indignación contra los hombres, y los libros que me habían embarazado aprender lo que ahora desechaba y que me parecía mil veces mas sólido.

Pero lo dejo ahora para continuar en mi primera lo que me dijo el otro día. Adios, Teodoro.

CARTA XII.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Ya te dije en mi última, querido Teodoro, la impresión que me hizo el discurso del padre, y apenas pude sosegar el tumulto de mis ideas cuando procuré refrescarle, coordinando todas sus especies en mi memoria. Me pareció que para instruirme bien y poder entrecer este plan tan concertado y armonioso de que me hablaba el padre, sería bueno hacer un resumen para mi uso, que apuntando cada especie despertara mi memoria. Con este fin di mas extensión á mis notas, y te envío una copia por si quisieras hacer uso.

El padre me ha dicho que la religión empieza con el mundo, que Dios criando á Adán, que fué el primer hombre, le hizo conocer á su Criador y le impuso leyes que el hombre ingrato y débil las violó; que Dios en castigo le despojó de una parte de sus dotes; que esta pena se extendió á su posteridad, que heredó su flaqueza y miserias; pero que Dios que en medio de sus tras nunca se olvida de sus misericordias, prometió á Adán un Mesías, un reparador, un redentor, y que este redentor debía ser el objeto, el autor y consmador de la religión.

Que los hijos de Adán y sus descendientes se multiplicaron con el tiempo, de manera que les fué preciso separarse primero en pueblos y despues en naciones, que pocos conservaron para la luz de la ley natural, que el mayor número fue y débil por su naturaleza degradada, se entregó á los placeres de los sentidos; y á la depravación de sus gustos; que como por una parte los hombres y sus vicios se multiplicaban y por otra se alejaba el tiempo y la noticia

del castigo de Adán, se fué poco á poco debilitando la memoria de las promesas, que entonces la razon humana, cada día mas degradada, mas entorpecida y mas entregada á sus pasiones, llegó á olvidar casi por entero la memoria de estos hechos primitivos y hasta la de una promesa tan alta como era la de un Redentor; que habiendo perdido de vista las ideas religiosas y el verdadero culto de Dios, apenas era ya capaz mas que de errores, como lo acreditó la experiencia de dos mil años en que abandonada á sí misma, no supo inventar otra cosa que idolatrías groscas y vicios aliciosos.

Que para restablecerla en su dignidad y derechos perdidos, fué conveniente darla nuevas luces con otra revelación que la enseñase el culto que Dios exige de los hombres y la renovase la esperanza de su reparación; que Dios se dignó de hacerlo; y que para preparar los caminos escogió la familia del fiel Abraham, á quien mandó se separase de las naciones corrompidas, y le renovó esta promesa añadiéndole que lo daría una numerosa posteridad, que ocuparía la tierra que le había destinado y que de ella nacería el Mesías ó el Redentor.

Que el mismo Dios repitió á su hijo Isaac las mismas promesas y despues á su nieto Jacob, hijo de Isaac, particularizando á éste que el Redentor nacería de la rama de Judá, explicándole el tiempo y las preeminencias que por esta causa obtendría esta tribu sobre todas las demas.

Que los doce hijos de Jacob se multiplicaron tanto, que cada familia pudo hacer una tribu diferente, y que Dios es-

cuyó este pueblo, que quiso hacer mas particularmente suyo, para comunicarle la revelación, imponerle su ley y constituirlo instrumento y depositario de sus promesas.

Que esta historia que contiene hechos tan extraordinarios, pareciera una fábula si Dios no se hubiera dignado de apoyarla con pruebas tan evidentes, con documentos tan irrefragables y con monumentos tan visibles, que por poco que se detenga uno á contemplarlos, no es posible resistir á la fuerza de su demostración.

Porque estos descendientes de Jacob que componían las doce tribus de Israel, llegaron en breve á multiplicarse tanto, que su número pasaba ya de seiscientos mil combatientes y que á pesar de su multitud vivían infelices y esclavos en Egipto, habiendo por aquella nación que los avasallaba; pero que después llegado el tiempo en que Dios quiso librarlos de aquella esclavitud y enviarlos á la tierra que había prometido á sus padres para empezar á cumplir sus promesas, le sucedió un caudillo, un capitán ó un conductor.

Que este conductor fué Moisés, uno de ellos, á quien Dios habió y ordenó que sacase á los hebreos de Egipto y los condujese á la tierra de Canan, que les promulgase la ley que le dió para que todos la obedeciesen, y que al mismo tiempo escribiese la historia que queda referida desde la creación del mundo hasta entonces, para que se conservase la memoria y jamás olvidasen los hebreos lo que debían á su Dios.

Que al mismo tiempo le mandó continuase escribiendo todo lo que sucediera en adelante; que Moisés por esta orden de Dios y con su inspiración escribió los libros que tenemos con su nombre; que en los primeros refiere todo lo que ya dicho, y pasó desde la creación al punto en que recibió la orden y en los otros lo que le sucedió á él y el mismo hizo, tanto para sacar del Egipto á los hebreos á pesar de los egipcios, como para promulgarles la ley de Dios y conducirlos por el desierto.

Que así Moisés no solo sabía todo lo que escribió, no solo fué veraz, sino profeta inspirado por Dios.

Que los libros que hoy tenemos son auténticos y han llegado á nosotros sin haber sufrido jamas alteración.

Que su autenticidad se prueba:

Por la manera con que hablan del pueblo hebreo.

Por la correlacion esencial que tienen unos con otros.

Por los indubitables milagros que los autorizan.

Por las profecías que contienen y los sucesos que las verifican.

Por la doctrina que incluyen.

Por la revelación del pecado de Adán y la maldición de su posteridad.

En fin, por la promesa de un libertador ó del Mesías. Porque este Mesías vino al fin y fué Jesucristo.

Lo que prueban todas las profecías, especialmente las de Jacob, Daniel y Ageo.

La conversión de los gentiles.

La imposibilidad de observar despues de mucho tiempo la ley de Moisés.

El estado actual de los judíos, su dispersión y conservación á pesar de todos los obstáculos humanos.

En fin, que cada una de estas cosas y todas juntas demuestran que Moisés fué suscitado por Dios, que obró por orden de Dios y que probó su misión con milagros tan repetidos, tan públicos y notorios, que no es posible dudarlo,

y que todo esto se hizo para preparar la venida de Jesucristo y con ella la redención del género humano.

Este era mi resumen, y apenas llegó el padre al otro día y yo se lo presenté, se complació con mi exactitud y diligencia, y me dijo: Vos parecéis, señor, la buena tierra del Evangelio, en que la semilla da fruto; Dios quería echarle su bendición. Si, señor, ya habéis empezado á dividir esas ideas magníficas y augustas principio de la religión; por lo mismo ya conocéis su genealogía, el tronco de su descendencia que es Dios, y presto veréis como por línea recta viene á parar en Jesucristo, porque á aquel adelante la luz crece, las pruebas se aumentan, los milagros se multiplican y vuestra razón, que ya está en camino, se verá tan empujada al término por tantos y tan fuertes impulsos, que no podrá dejar de desviarse.

Es verdad que cuando esperaba encontrar en el Mesías un rey, un conquistador, un Dios, podrá asombrarse de no hallarlo: mas que un hombre condenado á muerte y cubierto de ignominia. Este ha sido el escándalo del judío endurecido, la locura del gentil egipto y la irrisión del filósofo soberbio; pero los que están instruidos por las mismas profecías que la cruz de Jesucristo es la ciencia y la fuerza de Dios para sus escogidos, reconocen que Jesucristo es nuestro Salvador precisamente porque ha sido crucificado en ellas, sus humillaciones y su muerte se los convierten en pruebas porque han sido altamente predichas, y no es posible dejar de contemplar con un respeto religioso el admirable retrato en que los profetas dibujaron los profetas y las amarguras del divino Salvador, su sacrificio y las circunstancias que le acompañan; en fin, su muerte y los frutos que se esperan; todo está pintado con rasgos tan claros y visibles, que mas parecen una historia que una profecía.

Isaías había dicho que el Mesías sería condenado á muerte por el pueblo que le aguardaba y que le desconocería; que el silencio de Dios en su sacrificio haría pensar que le abandonaba, que su paciencia aunque libre y voluntaria sería tenida por flaqueza, que su inmolación sería deshonrada con la compañía de los delinquentes, que se le maniatara como á un maldado y que será declarado tal por un juicio público; que lejos de justificarse ó de librarse con milagros, parecerá tan mudo y débil como el cordero que degollan; que expiará los pecados de los hombres con sus sufrimientos, que los merecerá el perdon con sus dolores, que los sanará con sus heridas, que será una víctima tan pura, tan santa, tan agradable á Dios, que aplacará su cólera.

¿Os parecen estas bastantes señas? Pues oísteis todavía otras que no son menos positivas que muriendo y pareciendo vencido obtendrá la victoria; que los hombres no se desengañarán sino por su resurrección y por la prodigiosa multiplicación de su familia, que será fruto y prueba de ella, y que los verá mas claro cuando los otros pueblos y sus reyes abandonarán sus mentidas divinidades para adorar la cruz; que entonces se conocerá que crucificado era el justo, el rey prometido á Sion; que será grande y elevado en gloria entre los gentiles, parecido á José, que primero fué vendido por sus hermanos y despues dueño de Egipto.

Daniel ve al rey por excelencia, al Santo de los santos, al mismo Cristo entregado á la muerte sin que nadie se declarara por él. Su muerte, aunque reputada como suplicio merecido, da fin al pecado y se hace principio de una justicia eterna.

David le vió sentado sobre un trono mas durable que el sol, en la luz de los santos antes de la aurora y saliendo en la eternidad del seno de su Padre. Le llama pontífice que no tiene sucesor porque es inmortal y que no sucede á ninguno porque lo es antes de todos los siglos; y despues que le ha celebrado con tanta magnificencia, le representa de repente sumergido en un abismo de dolores, rodeado de la tropa de sus enemigos, abandonado de los suyos, clavado, inmóvil, extendido con violencia, expuesto á las miradas insultantes de los mismos testigos de su suplicio; en fin, saciado de hiel y vinagre.

Lo que es mas, el mismo profeta descubre al mismo tiempo los gloriosos frutos de estas ignominias, pues añade: que el que está atado á la cruz es la luz de las naciones, que la conversion de los pueblos será el fruto de su inmolacion, que establecerá un sacrificio universal para perpetuar la memoria de su muerte y de su resurreccion, y para dar á Dios publicas y eternas acciones de gracias; que los ricos y los pobres serán convidados á este sagrado banquete y que todos quedarán satisfechos y llenos de bienes y de gloria.

Estas son las profecías: comparallas, señor, de buena fe con la historia, y decidme ¿si el Mesías que predicaron los apóstoles no es el mismo que predijeron los profetas, y si estos han anunciado un rasgo que no se haya cumplido perfectamente en Jesucristo? Los incrédulos se escandalizan de la aparente bajeza; pero los cristianos saben que á pesar del velo con que el Mesías cubrió su divinidad, lo es mas glorioso haber sido anunciado con estas imágenes ignominiosas, que podia serle parecer mas grande á los ojos de los hombres sin estar anunciado por los oráculos divinos: los hombres son malos jueces en materia de grandeza, y segun hemos dicho otra vez, la que ellos llaman tal, no es la que convenia á Jesucristo.

No solo los profetas predijeron los misterios futuros del Mesías; todo el antiguo Testamento es un magnífico cuadro en que Dios dibujó con su mano lo que debía acontecer al libertador prometido. El Mesías, como la serpiente de bronce, será levantado sobre el leño que la escogido para mostrarse desde allí á toda la tierra; y como ella, dará vida y salud á cuantos le miren con fe y pongan en él su esperanza. El Mesías rogará como Moisés, con los brazos extendidos; con esto ahuyentará á los enemigos y nos dará la victoria. Como Jonás, escurrirá la tempestad, aplacará la ira de Dios, será tragado por la muerte, resucitará al tercero día y predicará la penitencia á los gentiles con mucha fidelidad.

Como José, será aborrecido por sus hermanos y entregado á los gentiles; y despues de haber sido enterrado en la tumba y salido como él, salvará al Egipto con su sabiduría. Como Abel, será muerto por sus hermanos, en odio de que Dios aceptó su sacrificio con agrado. Como Isaac, será sacrificado por su padre; pero sobrevivirá como él á su sacrificio, y como él despues despues de su muerte será padre de una numerosa posteridad: la bendicion de todas las naciones será el fruto de su obediencia.

Como el Cordero pasual, será degollado y á la aspersión de su sangre todo Israel deberá su libertad. Como el sumo sacerdote, entrará en el *Sanctum Sanctorum* del día de la explicación general, y permitiendo que su carne sea destruida por los clavos, los tormentos y la muerte, romperá el velo que impide la reconciliación de los hombres y su entrada

en el cielo; se cargará de todas las iniquidades cometidas desde el principio del mundo y de las maldiciones pronunciadas contra todos los hombres; se ofrecerá á la justicia terrible de su Padre, sufrirá todo el peso de ella, y la convertirá en misericordia; preparará con su sangre un baño saludable á los leprosos, y consentirá en morir por restituir la libertad, la inocencia y la vida.

En fin, sellará la nueva alianza con una sangre mas digna de Dios que la era la antigua; hará la aspersión sobre el pueblo; por eso su testamento en que nos constituye sus herederos, quedará irrevocable y eterno y subsistirá á las purificaciones legales, que no podían santificar á los que se fiaban de ellas, un sacrificio único cuyo valor será infinito y su efecto perpetuo y general, de modo que todo el viejo Testamento, todos los ritos y ceremonias de la ley antigua eran emblemas y profecías de la nueva. Jesucristo era el término y la realidad de todas aquellas figuras, el cumplimiento de todas sus promesas, el centro en que venían á parar todas sus imágenes, y para decirlo mejor, el grande y único objeto de todas las santas Escrituras.

Al fin despues de tantos y tan largos preparativos, despues de tantas promesas y esperanzas, de tantos genios y deseos; despues de tantas profecías anunciaron su venida; y tantas figuras representaron desde lejos sus misterios; despues que tantos justos clamaron para que se apresurase; despues que los hombres cubiertos de tantas lágrimas suspiraron por este músico que los sanase; y en fin, cuando despues de haber computado el tiempo que habian señalado los profetas, creyeron que ya habia llegado el término y que ya todos lo esperaban, Jesús, hijo de María, descendiente de David, parece sobre la tierra y nace en la ciudad de Belén, donde los profetas habian declarado que el Mesías debía nacer.

Siendo este mismo el Mesías, debía restablecer el reino de David, porque así estaba profetizado; y Jesús no solo le restableció, sino que le mejoró, no de la manera mundana y terrenal que el judío se habia figurado, sino de otra mas espiritual y sublime, tal como la indicaban las mismas profecías, pues trajo á los gentiles la salud, la vida y el reino eterno que la ciega Sinagoga mereció perder. Esta asombrosa sustitucion es tan pública como indubitable, y está á nuestra vista. Las Iglesias cristianas se formaron de los gentiles, y una gran parte de los judíos se obtinó en su ceguedad. Este hecho solo basta para no dejar pretextos á la duda, pues los mismos libros que los judíos guardan y reverencian, predijeron tanto su terquedad como la docilidad de los gentiles.

No hay mas que considerar por menor la historia de Jesucristo, su vida, sus dogmas, sus primeros discípulos, sus trabajos, sus conquistas y la formación de su Iglesia, para no poder dudar que él fué el verdadero Mesías tan anunciado y caracterizado por los profetas, y que no es posible haya sido ni lo pueda ser otro. Dios ha querido para su consuelo y seguridad de nuestra fe que el depósito precioso de las Escrituras del nuevo Testamento que existe y gobierna la sociedad de los cristianos, esté revestido además de los títulos con que califica su divino origen, de todos los requisitos que puede exigir la fe mas escrupulosa de los hombres para prueba de la verdad.

El primer carácter de autoridad y autenticidad que tiene

estos libros sagrados, es haber sido escritos por ocho autores contemporáneos san Mateo, san Marcos, san Lucas, san Juan, san Pedro, san Pablo, Santiago y san Judas, todos testigos oculares que habian visto los hechos que refieren; todos habian conocido las causas y los motivos, y todos en los puntos importantes dan un testimonio uniforme que trasladan á los siglos futuros, explicando que los han visto con sus ojos, que los han oído con sus oídos y que los han tocado con sus manos.

¿Qué otra historia en el mundo puede jactarse como el Evangelio de tener tantos garantos, y garantos sin tacha? Así, la religion cristiana, sin hacer mención de su divinidad y sin considerar otra cosa que el número y carácter de sus historiadores, junto con el tiempo y circunstancias con que se escribieron, aventaja sin comparación á todas las otras historias creídas por los hombres en fuerza de testimonios humanos; por consiguiente los hechos que la sirven de fundamento tienen tal grado de certidumbre, que deben someter todos los espíritus en quienes la razon conserva algun imperio.

Y no es posible dudar que estos historiadores fueron contemporáneos y testigos oculares, pues la fe pública y la tradicion constante lo aseguran. Y no se podría oscurecer esta verdad sin destruir todas las historias abriendo un caos ó un abismo impentente entre nosotros y los tiempos antiguos. No solo los cristianos, sino los herejes, judíos y gentiles, reconocen que los apóstoles y evangelistas escribieron estos libros, y que escribieron lo que vieron: todos están conformes con los autores y sus fechas, pues las Iglesias de diferentes pueblos los recibían á medida que se escribían, se los comunicaban unas á otras, y todos los guardaban con el mayor cuidado y reverencia. Así, ni Calisto ni Porfirio, ni Juliano ni otro alguno de los enemigos del cristianismo, se atrevió jamás á excitar la menor duda contra esta tradicion.

La verdad que despues de la muerte de los apóstoles, y cuando ya estaba extendida la Iglesia, dos novadores, Marcion y Manes, se atrevieron á profetizar que los Evangelios habian sido alterados. Para sostener una pretension tan nueva y trastornar la posesion tranquila de la Iglesia, era menester por lo menos mostrar otros originales que comprobasen la diferencia, ó alegar otras pruebas que fueran decisivas; pero esto era lo que no podían hacer; y cuando así les estrechó á probar una temeridad tan inaudita se les vió reducidos al silencio, y su confusion fué una nueva prueba de que en el origen mismo del cristianismo no se pudo oponer nada sustancial á la tradicion perpetua de la Iglesia sobre punto tan importante.

¿Ni cómo era posible alterar unos escritos que recibía la piedad con respeto y custodiaba con esmero la devoción? ¿Cómo puede sospechar infidelidad ó alteracion el que reflexione el modo con que estos escritos se distribuían y custodiaban? Cada apóstol fundaba diferentes Iglesias y las visitaba sucesivamente segun las ocurrencias; escribían sus epístolas á aquellas de que estaban ausentes, la Iglesia que recibía una epístola ó carta de su apóstol, la leía en público, remitía una copia á las otras Iglesias mas vecinas, ó á aquellas con quienes tenía mas correspondencia, para que se aprovecasen de aquel tesoro de doctrina y de luces; pero todas las guardaban con el cuidado mas religioso, y hubieran tenido por sacrilegio la menor alteracion. Así se

han conservado y han llegado á nosotros siempre puras, y por este medio se propagaba la instruccion al mismo tiempo que se aseguraba su exactitud.

«Solis las epístolas de san Pablo, dice Besnet, tan arduas, tan propias del tiempo, de los negocios, de los movimientos de entonces, y de carácter tan sublime; estas epístolas, replies que recibieron las Iglesias á quienes fueron escritas y que comunicaron á las otras, basta para convencer que todo es verdadero y original en los escritos que nos han dejado los apóstoles.»

En efecto, sin hablar del celo ardiente, tierno y valeroso que caracteriza estas obras divinas y que la impostura no es capaz de imitar, yo quisiera que se me dijera, ¿cómo, por ejemplo, un hombre que no hubiera convertido á los galatas, se hubiera atrevido á escribirles con la fuerza y la vehemencia de que usa en su epístola san Pablo? ¿Cómo los spiriticos hubieran sufrido la autoridad que se toma el autor de las dos epístolas que les son dirigidas, si este autor no fuera san Pablo ó si san Pablo no hubiera sido su apóstol?

¿Cómo hubiera podido un impostor erigirse en maestro y árbitro de las diferencias que habia entre los judíos y los gentiles de Roma, si no los hubiera habido entre ellos? Y supuesto que fuesen ciertos, ¿qué derecho podia tener para ingerirse y decidir una cuestion tan importante como el origen de la justicia, y humillar á unos y otros un hombre cuya mision no hubiera sido reconocida y autorizada con milagros?

Es tambien de observar que estas epístolas de san Pablo y los demás escritos del nuevo Testamento, fueron dirigidos á naciones diferentes, los romanos, los efesios las galatas, los hebreos y otros muchos; que estos pueblos reunidos en sus Iglesias los recibieron en el tiempo mismo de los apóstoles, y que mostraban los originales que así para que estos escritos sean supuestos, es menester ó que todos estos pueblos de la tierra se hayan confabulado para fabricarlos y esparcirlos con nombres imaginarios, ó que todos ellos hayan sido engañados.

Pero ¿cómo millares de hombres han podido dejarse engañar sobre un hecho tan simple y cuyo error es tan fácil descubrir? ¿Cómo ó con qué intereses tantos han podido contribuir á dar crédito á esta impostura? ¿Se puede imaginar que los que promueven una religion que detesta la mentira y no enseña sino la verdad, que abandonan por ella todas las esperanzas humanas y se exponen por ella á las persecuciones mas violentas, hayan querido hacer una conjuracion tan difícil para engañar á todos los siglos, dando por obras divinas sus propios inventos, ó las del impostor que se atreviese á citar á los apóstoles como testigos de hechos que no existieron?

Y cuando esto fuera posible, ¿cómo ni las divisiones de las Iglesias particulares ni la diversidad de intereses, genios y circunstancias de tan innumerable multitud de cómplices no han podido determinar á ninguno á descubrir la fraude y desengañar al mundo? Pero esa quimera no merece ser refutada seriamente.

Por otra parte, todos los libros del nuevo Testamento son públicos y han sido conocidos desde el principio del cristianismo; todos han sido citados por los grandes hombres contemporáneos de los apóstoles, como san Ignacio, san Clemente, san Policarpo y otros; tambien lo fueron por los primeros discípulos de estos; tales son Ireneo y san Jus-

tino. Así, es innegable que estos santos y venerables personajes los habían leído, pues citan en sus obras muchos textos de ellos; también lo es que estaban persuadidos de que los apóstoles y evangelistas eran sus autores, pues los citan como de ellos, y que no lo podían dudar, pues vivían con ellos.

Añadid á esto que esos primeros testigos que son tan respetables por sí mismos, están apoyados por los otros que los siguieron después y que no son menos dignos de crédito. San Ireneo cita á san Clemente, éste á san Ignacio y san Policarpo, que cita á los mismos apóstoles; ¿qué podrían hacer todas las conjeturas frías de la incredulidad contra esta cadena de testigos que empizan con los hombres apostólicos, y de edad en edad, de siglo en siglo, llega hasta nosotros sin interrupción y siempre con el mismo enlace y la misma autoridad?

La crítica severa y rigurosa con que los primeros cristianos discernían las verdaderas Escrituras de las falsas y el principio decisivo de que se servían para discernirlas, excluyen toda posibilidad de falsedad ó alteración. Muchos herejes de los primeros siglos tuvieron la osadía de copiar Evangelios y publicarlos como si fueran de los apóstoles; pero esta sacrilega empresa presto fué conocida y rechazada con indignación.

Los fieles que se tenían asidos á la antigua tradición, se oponían á estas Escrituras solo porque eran nuevas, y decían: Hasta ahora no las hemos conocido, ni las conocieron los apóstoles en cuyo nombre parecen; ninguno las dió á sus Iglesias; no hay Iglesia que las haya recibido de sus manos; jamás han sido conocidas ni explicadas en nuestras juntas; son posteriores al establecimiento de la religión, y de la misma fecha que los errores que favorecen; es inútil examinar títulos cuya falsedad es clara, pues son nuevos. Ya se ve que que se gobernaban por estos principios no podían admitir nada que no fuese auténtico; así despreciaban todo lo que era mas reciente que el establecimiento de la religión; lo que no traía el carácter de la antigua veneración general era proscrito por el único pero invencible argumento de la novedad.

La Iglesia ha conservado en todo tiempo una profunda veneración á la memoria de los apóstoles, en todo tiempo ha respetado sus escritos como inspirados por el Espíritu divino, siempre ha creído que quienes á sí mismos alegan inspiración y sacrilegio; de esto ha nacido la escrupulosa atención con que ha velado para que no se alterase la pureza de esta depósito sagrado.

Por otra parte, era imposible, porque juntado se hubiera podido corromper ó alterar la historia del Evangelio? Desde el establecimiento de las Iglesias, las copias se habían esparcido con ellas por toda la tierra; las diversas naciones cristianas que las formaban y las habían recibido, las respetaban como un momento divino; cada fiel tenía las suyas, y eran el título fundamental de su grandeza y esperanzas. Las leían continuamente en las familias, en las casas particulares y en las juntas públicas de la religión.

Así era imposible que su fidelidad se alterase ni por la revolución de los siglos ni por el arroyo de los novadores. Si algun incrédulo se atreviera á sostener que estos libros han padecido alteraciones debería explicarnos cuáles, y decirnos el tiempo, el motivo y los autores de ellas. Se le preguntaría, ¿quién es el que ha podido hacer esta

impostura? ¿Son los gentiles? Pero estos no lo podían hacer mas que para abultar al cristianismo que nacia, y sostener la idolatría que vacilaba. ¿Pues cómo han dejado en ellos la elevación de sentimientos que estaban forzados á admirar y la pureza de su doctrina, tan superior á la de sus filósofos? ¿Cómo no han suprimido tantos milagros que prueba la divinidad de la religión? ¿Y cómo si los gentiles tuvieron un proyecto tan loco, los cristianos de todo el universo no se aprehendieron ó dejaron correr con indiferencia su ejecución? Cómo abandonaron su resistencia á los idolatras unos monumentos que tanto veneraban y cuya verdad defendían á costa de su sangre?

¿Son los judíos? Pero sin repetir lo que hemos respondido á la absurda imputación de los gentiles, y que tiene para con ellos la misma fuerza; que se nos diga, ¿por qué si estos han podido alterar los libros santos, han dejado en ellos tantos baldoños vergonzosos contra las vanas tradiciones de la sinagoga, contra la hipocresía de los sacerdotes y doctores de la ley, contra las supersticiones del pueblo y contra los vicios y oscuridad de la nación? Sobre todo, que se nos explique ¿por qué no han borrado tantos prodigios que son en favor del cristianismo, y que los convencen á ellos á los ojos de toda la tierra de su dureza y de su decidido?

No quedan pues mas que los cristianos á quienes se pueda atribuir esta fraude; ¿pero es posible que todos los cristianos del mundo se hayan concertado para corromper lo que veneraban como mas sagrado, de modo que no hubiese ninguno que se opusiera á una empresa tan sacrilega y que levantasé la voz para salvar su fe y preservar á la posteridad del error? Si se responde que uno solo ó un pequeño número la podido hacer el engaño, se incurra en mayores absurdos, pues es decir que un pequeño número ha podido seducir á todos los demás, corrompiendo el libro que se leía todos los días, que estaba grabado hasta en la memoria de los niños, que se había multiplicado en una innumerable multitud de ejemplares, que estaba depositado en todas las Iglesias y familias, y en fin, un libro que cada fiel tenía para su uso.

¿Quién podíasé bastante temerario para concebir un designio tan loco, ¿quién tan insensato que espasase conseguirlo? Si el pueblo no hubiera conocido el delito, ¿podía escudarse á los pastores? Si los pastores lo hubieran cometido, ¿los fieles le hubieran sufrido tranquilamente y si los pastores y los pueblos se hubieran reunido para ejecutar empresa tan sacrilega, ¿los enemigos de la religión no hubieran triunfado con solo echarles en cara semejante escándalo?

Esto parece natural; y no obstante ninguno de ellos imputó jamás á los cristianos esta temeridad, por mas que se esforzaban á combatir con todas sus fuerzas la doctrina de los libros santos, jamás dudaron de su autenticidad, siempre los reconocieron íntegros y puros. Finalmente, cuando el silencio, el olvido ó la indiferencia de los enemigos del cristianismo no hubiera descubierto este proyecto insensato, los partidos que poco despues se formaron en el cristianismo no hubiera descubierto este proyecto insensato, y que son casi tan antiguos como ella, hubieran sido un obstáculo invencible.

Porque poco despues de la muerte de los apóstoles se vieron hombres indóciles y temerarios que rompieron la unidad, hombres que con orgullo y deseo de la independencia formaron sociedades separadas. Desde entonces era

imposible introducir la menor novedad en las Escrituras. Si los ortodoxos se hubieran atrevido á la menor innovación, ¿con qué fuerza todas las sectas disueltas las hubieran dado en rostro con esta prevaricación? Es verdad que como es he dicho, los herejes por apoyar sus opiniones intentaron algunos veces ingerir algunas palabras en el texto sagrado; pero la Iglesia continuó al instante en la modestia sin otra diligencia que la simple comparación de los ejemplares antiguos.

Y si es imposible hallar los autores de una falsificación que no existe, lo sería mucho mas determinar su época. Porque ¿en qué tiempo se podrá fijar? ¿será en el que precedió á los Ireneos, Justinos, Clementes, Ignacios y Policarpas? Pero este es el de los apóstoles, pues los citados son sus discípulos y tan incorruptibles, toda mudanza era impracticable. Será en los tiempos posteriores? Pero esto no es posible, porque el nuevo Testamento que hoy corre, es el mismo que citan estos primeros escritores de la Iglesia, como lo evidencia la multitud de textos que citan en sus obras. La perfecta conformidad de unos y otros demuestra que los libros santos han sido los mismos en todo tiempo.

Por otra parte, para acreditar esta alteración sería menester suponer un motivo, un interes, y aun esto no bastaría, porque no siempre el interes prueba el hecho. Sería pues necesario decir positivamente: Ve aquí lo que al principio no estaba en vuestras Escrituras y lo que se ha añadido despues, ve aquí lo que se leía antes y ha sido borrado por vuestros padres. Esto sería natural si fuera cierto; pero jamás la incredulidad ha dicho nada de esto. Ella se permite todas las sospechas, pero no se cree obligada á probar ninguna; de modo que para confundirla es menester combatir tanto lo que dice como lo que calla y demostrar la imposibilidad mas que las pruebas de los hechos.

Digamos pues que hombres que veneraban los escritos de los apóstoles y de los evangelistas como palabra de Dios, y que habían aprendido en ellos el odio de toda mentira y el amor de toda verdad, que hombres que renunciaban á todos los bienes de la tierra para seguirla y sacrificar hasta su vida por defenderla, no eran capaces de impostura tan sacrilega; y añadamos que no se observaba en los libros santos nada que sobre ó faltar para servir de fundamento á tan temeraria imputación.

Si hubiera podido haber falsarios, hubieran suprimido lo que puede ofender á los espíritus soberbios, ó lo que hace estremeceer á la naturaleza corrompida; pero estos libros están llenos de misterios incomprensibles que con funden á la razon humana, de preceptos ásperos y severos que combaten todos los vicios y refrenan todas las pasiones. ¿Qué es tambien lo que se pudiera haber añadido? ¿los milagros de Jesucristo? Pero estos milagros no se pueden dudar, pues eran los que hacían las conversaciones y los que multiplicaron los cristianos. Es claro que no era menester añadirlos, pues es necesario suponerlos, y se debería concluir que todos los libros por entero son falsos, y abrir la puerta á todos los absurdos que hemos dicho, por venir los milagros en la base de los libros. La doctrina de las costumbres y la fé de los misterios se apoyan sobre ellos; y si la suposición entera de las Escrituras parece

imposible, la adición fraudulenta de los milagros no debe parecerlo menos.

La incredulidad se delicia cuando dice que las versiones no son conformes y que desde los tiempos mas antiguos se disputó en la Iglesia sobre la autenticidad de algunas de las obras, que hoy hacen parte en los libros canónicos; Pero que vana es esta satisfacción! En cuanto al primer inconveniente muchos no dificultad conceder que en la inadvención de los copistas se han podido introducir en la serie de los siglos algunas ligeras diferencias en cosas de poca importancia en algun lugar de las versiones ó copias; pero es indudable que en todas ellas se ve el mismo moral, las mismas profecías, las mismas promesas y los mismos hechos de la historia; que de todos los manuscritos, de todas las traducciones que vivieron con ellos y los sucesores dieron inmediatamente en su ministerio y autoridad. Y á vista de tantos testigos y tan incorruptibles, toda mudanza era impracticable. Será en los tiempos posteriores? Pero esto no es posible, porque el nuevo Testamento que hoy corre, es el mismo que citan estos primeros escritores de la Iglesia, como lo evidencia la multitud de textos que citan en sus obras. La perfecta conformidad de unos y otros demuestra que los libros santos han sido los mismos en todo tiempo.

Tambien es seguro que todos refieren uniformemente la predicación y los trabajos de los apóstoles, las conversiones que hacían la ruina de la idolatría, el establecimiento de la fe en Jesucristo, la doctrina de la justicia cristiana, su origen, su esencia y su carácter; que todos anuncian un Dios criador, un Jesucristo redentor, un espíritu santificador, el mismo bautismo, el mismo sacrificio, el mismo término, el mismo camino para no incurrir en los mismos suplicios reservados á los delictos, y obtener las mismas recompensas preparadas á la virtud. Ve aquí lo esencial; este es el fundamento y la sustancia de todo; y yo quisiera preguntar: ¿qué nos podemos pedir á la Providencia para estar seguros de que estos sagrados monumentos nos vienen de su mano y que los tenemos en toda su integridad?

Es verdad que alguna parte de las Escrituras pareció un tiempo dudosa á algunas Iglesias particulares; ¿pero qué importa esto á nuestra fé? Si alguna Iglesia dudó algun tiempo de la autenticidad de alguno de los libros santos, esto no prueba sino el cuidado y examen que ponían todos para recibirlos. No se atrevían á decidirse por sí mismos; pero al instante que la Iglesia universal declaraba que era obra de los apóstoles, todos se sometían y los reconocían. Por otra parte, basta el verlos para reconocer que estos libros que fueron dudosos, no contienen nada nuevo, nada contrario á lo que se hallaba ya en los otros libros, que de todo tiempo estaban reconocidos por indubitables.

Queda pues probado con evidencia que el nuevo Testamento es obra de los apóstoles y evangelistas y que hoy le tenemos tal como salió de sus manos. Por consiguiente, nos queda por examinar si estos libros son verdaderos y merecen nuestra confianza. Para aplacar esta duda dejenos aparte todos los títulos que tienen para ser tenidos por inspirados, y no quiero para apreciarlos valerme de otras reglas que aquellas de que la crítica humana se sirve para estimar el valor de los escritos y el crédito que se debe á sus autores. Y sin seguir mas que estos principios, probaré que no hay libro en el mundo que merezca mas confianza que los Evangelios.

Estos libros no son como la mayor parte de los otros. No refieren las invenciones de su propio espíritu. No hacen narración de hechos pasados en otro tiempo ó lejos de ellos. Solo cuentan sucesos de que fueron testigos oculares, y las mas veces principales instrumentos; en una palabra, hechos que vieron ó que hicieron ellos mismos. Por otra parte, en estos escritos manifiestan una razon sana, un juicio profundo, una cordura consumada. ¿Qué mas es menester para que merezcan crédito? La reunion de todas estas circunstancias aleja toda idea de error ó de ilusión.

Supuesto pues que no pudieron engañarse, veamos si es de temer que quisieran engañar. Pero yo veo que estos autores no han trabajado de conciencia, que no han escrito ni en el mismo tiempo ni en el mismo lugar, y que á pesar de esto están perfectamente conformes en lo sustancial, tanto en la doctrina que exponen como en los hechos que refieren. Es cierto que en las cosas indiferentes se les observan algunas ligeras diferencias; pero esto mismo es una nueva prueba de que sobre los objetos importantes solo lo ha remido la misma verdad.

Ellos confiesan su ignorancia, su flaqueza y sus faltas con tan ingenua sencillez, que persuaden y edifican. Se dan por lo que son, esto es, por pobres pescadores, que no conocían mas que su barca y sus redes antes de su vocación al apostolado. No ignoran que el orgullo es el vicio mas contrario al espíritu del Evangelio, y con todo, no ocultan el deseo que tuvieron de distinciones y preferencias, sin disimular que hasta los últimos momentos de la vida de Jesucristo, la ambición y los zelos, produjeron entre ellos disputas y murmuraciones.

Confiesan que todos habían prometido á Jesucristo seguirle hasta la muerte, y que una fuga cobarde y vergonzosa fué la resultita y el castigo de su presunción. Quieren refieren las tres veces que uno de ellos le negó, no omiten nada de lo que puede hacer mas grave su cobardía y su desvío. ¿Y por qué tanta sinceridad, tanta humildad? ¿Era necesario publicar tantas y tan vergonzosas faltas? ¿No hubiera sido mas útil á la propagación del Evangelio esconder las miserias de los que debían predicarle? Así hubiera pensado la prudencia humana; hubiera creído que era mas prudente esconder en el silencio falsos y flaquezas cuya noticia podia desacreditar á sus apóstoles y servir de obstáculo á los progresos de la religion, pero no pensó así el Espíritu divino.

Lo que acaba de imprimir al testimonio de los apóstoles el último carácter de verdad, es el valor y la constancia con que sufrieron la muerte por sostenerla. Se puede concebir que un hombre se deje seducir y se arraigne en su error cuando se trata de sostener dogmas abstractos ó máximas especulativas. La educación, los ejemplos y sus propias reflexiones, pueden formarle opiniones fuertes y darle á su alma sentimientos profundos, y el temor de Dios puede añadirle una fuerza nueva con la aplicación de este principio general, que todo debe sacrificarse á las ideas pures de la religion, y entonces no es extraño que con mas celo que ilustración sea uno victima de su error.

¿Pero cómo se podrá concebir que haya muchos seductores que sin interes ni motivo se propongan hacer adoptar no una opinion que tienen, sino hacer creer un hecho que ellos tendrían por falso? ¿que para esto se expongan á todo el rigor de los tormentos, á los horrores del suplicio,

á los remordimientos de su conciencia y á los castigos de Dios? ¿y todo esto sin esperar nada por obstinacion tan loca, antes sí con la certidumbre de ser condenados por la Eterna Verdad á quien ofenden? Eso sería una especie de delirio que no cabe en lo natural; la historia no presenta ejemplo alguno. Y pues los apóstoles lo sufrieron todo y sacrificaron su vida por atestiguar hechos públicos y palpables que habían visto y sobre cuya existencia no se podia engañar, ¿quién puede dudar de su verdad? El que dudare no busque este error en su entendimiento, sino en su voluntad.

Esto es lo que pudimos discutir hablando humanamente; pero ¿qué será si consideramos que estos libros son divinos y que sus autores fueron inspirados? y cómo dudarlo si es verdad como hemos probado que son los mismos que los apóstoles escribieron? ¿qué nos dicen en ellos? Que Jesucristo les prometió una luz sobrenatural, una revelacion inmediata que los dirigía en la publicación de su doctrina. "Ve aquí sus palabras (1): El consolador ó el Espíritu Santo, que mi Padre os enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os hará acordar de cuanto os he dicho. Cuando el Espíritu de verdad venga, os enseñará toda la verdad, porque no hablará por sí mismo, sino que os dirá lo que ha oído y os anunciará las cosas futuras." No puede ser mas clara ni mas general la promesa de la inspiración, y los mismos apóstoles y evangelistas, que aseguran haberla recibido, añaden que ya estaba exactamente cumplida; y por esto á cada paso nos repiten que no son mas que los órganos y los intérpretes del Espíritu Santo, que Jesucristo habla por su boca, que el que desprecia sus palabras desprecia á Dios, con cuyo espíritu se explican. Y el grande apóstol dice á los de Tesalónica (2): que no se han engañado en oír sus discursos con el mismo respeto que si fueran la palabra de Dios, porque era en efecto su palabra: *Non ut verbum hominum, sed etiam et esse verbum Dei.*

Es pues evidente que los apóstoles decían que hablaban y escribían inspirados por Dios; y lo singular es que no solo lo decían, sino que lo probaban. ¿Y cómo? hablando milagros. Con una palabra sola en nombre de Jesus curaban todas las enfermedades, sanaban los cojos de nacimiento, mandaban á los paralíticos que marchasen, y su palabra poderosa sostenía todo lo que ordenaba. Hasta la muerte respetaba en ellos el imperio absoluto de aquel que se llamó *resurrección y vida*. Penetran los mas ocultos rincones de la conciencia, y el rayo no es mas rápido que la muerte con que castigan la hipocresía y la mentira. Y estos prodigios eran tan públicos y tan frecuentes, que los gentiles los creyeron dioses y quisieron ofrecerles sacrificios. Esto era demasiado, pero á lo menos no se puede dejar de creer lo que dicen hombres que hacen estas cosas.

¿Y qué decían? Que todo lo que hacían no lo hacían por su propia virtud, sino por la de Jesucristo; que si allí estaban los demonios, si curaban los enfermos, si resuscitaban los muertos y se comunicaban á otros los dones del Espíritu Santo, era únicamente en nombre del Crucificado, y con el fin de persuadir al mundo que Jesucristo es el único mediador entre Dios y los hombres y que la religion cristiana es la verdadera. Los apóstoles, pues, estaban persuadidos ellos mismos. ¿Y quién pudo persuadirles sino el mismo Jesucristo? ¿y cómo no se hubieran persuadido habiendo contemplado con sus ojos el grande espectáculo de su poder, de sus virtudes y de su doctrina?

Toda la vida pública de Jesucristo desde el principio de su ministerio hasta la consumación de su sacrificio, fué una serie continua de milagros. El Hombre Dios disponía de la naturaleza como que era su árbitro soberano. Daba vista á los ciegos, agilidad á los impedidos y salud á los enfermos. Al imperio de su voz salían los muertos del sepulcro y abían otra vez los ojos á la luz. Mandaba á los vientos y á las tempestades. El mar igualmente se sometió lo obedecía. Entre sus mismos oprimidos pocos paises se multiplican de manera, que exceden lo que necesita el innumerable pueblo que le sigue. En fin, no fuera posible hacer toda la enumeración de sus milagros. Pero detengámonos á considerar algunos para sacar las mismas consecuencias que sacó Jesucristo.

El de la multiplicación de los panes anuncia manifiestamente al Criador de todo. El que con tan poco pan satisficó á cinco mil hombres, es el mismo que con la misma bondad y el mismo poder satisface todos los años á cuantos viven en la tierra, dando fecundidad á las semillas. Este prodigio nos sorprende menos porque es mas ordinario; pero dejando aparte estas reflexiones, no me detengo mas en aquel milagro, porque si es cierto, él me descubre grandes consecuencias.

Es imposible dudar de su verdad, ni cabe en el sospecha de impostura ni de ilusión. La relacion que hace el Evangelio es natural y sencilla y no puede admitir engaño, pues se hizo á la vista y en favor de una muchedumbre inmensa. Los apóstoles sabían bien el pan que había y no pudieron dudar de su aumento, pues por sus manos le repartían en el pueblo. Y yo digo que si este milagro es verdadero, se sigue que Jesucristo es Hijo de Dios y era el Mesías, porque el mismo Jesucristo al tiempo de hacerle, le dijo: que él era el pan de vida, el pan venido del cielo, que da vida al mundo; y el que cree en él tendrá la vida eterna. Pues que dijo estas palabras haciendo aquel milagro, es necesario creerlas.

Jesucristo da vida á un ciego de nacimiento (1). El prodigio fué tan público como innegable. Los esfuerzos que hicieron sus enemigos para oscurecer su evidencia y debilitar la impresion, contribuyeron á darle mas notoriedad y certidumbre. ¿Cuál fué el motivo de esta obra divina? El Evangelio nos lo dice: hacer ver á los hombres que Jesucristo era el Hijo de Dios; excitarlos á creer sus discursos y adorarlos. Pues no se puede dudar del milagro, tampoco se puede dudar de sus consecuencias.

¿Y quién podrá rechusarle sus adoraciones y su fe si considera todas las circunstancias de la resurrección de Lázaro? (2) Jesucristo estaba ausente cuando se le dió noticia de su enfermedad, y al instante declara que Dios no lo ha permitido sino para manifestar su gloria y probar la misión de su Mesías. Lázaro muere y había cuatro dias que estaba ya enterrado. Su muerte es pública hasta en Jerusalem, pues muchos habían venido de allí á con-

tiana es la verdadera. Los apóstoles, pues, estaban persuadidos ellos mismos. ¿Y quién pudo persuadirles sino el mismo Jesucristo? ¿y cómo no se hubieran persuadido habiendo contemplado con sus ojos el grande espectáculo de su poder, de sus virtudes y de su doctrina?

Toda la vida pública de Jesucristo desde el principio de su ministerio hasta la consumación de su sacrificio, fué una serie continua de milagros. El Hombre Dios disponía de la naturaleza como que era su árbitro soberano. Daba vista á los ciegos, agilidad á los impedidos y salud á los enfermos. Al imperio de su voz salían los muertos del sepulcro y abían otra vez los ojos á la luz. Mandaba á los vientos y á las tempestades. El mar igualmente se sometió lo obedecía. Entre sus mismos oprimidos pocos paises se multiplican de manera, que exceden lo que necesita el innumerable pueblo que le sigue. En fin, no fuera posible hacer toda la enumeración de sus milagros. Pero detengámonos á considerar algunos para sacar las mismas consecuencias que sacó Jesucristo.

El de la multiplicación de los panes anuncia manifiestamente al Criador de todo. El que con tan poco pan satisficó á cinco mil hombres, es el mismo que con la misma bondad y el mismo poder satisface todos los años á cuantos viven en la tierra, dando fecundidad á las semillas. Este prodigio nos sorprende menos porque es mas ordinario; pero dejando aparte estas reflexiones, no me detengo mas en aquel milagro, porque si es cierto, él me descubre grandes consecuencias.

Es imposible dudar de su verdad, ni cabe en el sospecha de impostura ni de ilusión. La relacion que hace el Evangelio es natural y sencilla y no puede admitir engaño, pues se hizo á la vista y en favor de una muchedumbre inmensa. Los apóstoles sabían bien el pan que había y no pudieron dudar de su aumento, pues por sus manos le repartían en el pueblo. Y yo digo que si este milagro es verdadero, se sigue que Jesucristo es Hijo de Dios y era el Mesías, porque el mismo Jesucristo al tiempo de hacerle, le dijo: que él era el pan de vida, el pan venido del cielo, que da vida al mundo; y el que cree en él tendrá la vida eterna. Pues que dijo estas palabras haciendo aquel milagro, es necesario creerlas.

Jesucristo da vida á un ciego de nacimiento (1). El prodigio fué tan público como innegable. Los esfuerzos que hicieron sus enemigos para oscurecer su evidencia y debilitar la impresion, contribuyeron á darle mas notoriedad y certidumbre. ¿Cuál fué el motivo de esta obra divina? El Evangelio nos lo dice: hacer ver á los hombres que Jesucristo era el Hijo de Dios; excitarlos á creer sus discursos y adorarlos. Pues no se puede dudar del milagro, tampoco se puede dudar de sus consecuencias.

¿Y quién podrá rechusarle sus adoraciones y su fe si considera todas las circunstancias de la resurrección de Lázaro? (2) Jesucristo estaba ausente cuando se le dió noticia de su enfermedad, y al instante declara que Dios no lo ha permitido sino para manifestar su gloria y probar la misión de su Mesías. Lázaro muere y había cuatro dias que estaba ya enterrado. Su muerte es pública hasta en Jerusalem, pues muchos habían venido de allí á con-

(1) Joann, IX, 1.

(2) Joann, XI, 1.

solar á sus dos hermanas. Despues llega Jesucristo, y desde luego anuncia con majestad que él mismo es la resurrección y la vida. Exige que Marta le reconozca por Hijo de Dios vivo, y le asegura que su hermano resucitará no solo en el último dia, sino de allí á pocos momentos.

Despues de esto, se acerca al sepulcro acompañado no solo de las dos hermanas del difunto, sino de otros muchos judíos que habían traído las circunstancias. Manda que se levante la piedra, da gracias á su Padre de que siempre le oye favorable, le pide que le oiga también en aquel caso, para instruccion del pueblo que lo mira, y llamando á Lázaro con aquella poderosa voz con que otra vez hizo salir al universo de la nada, vuelve á la vida y á la luz un cadáver que la muerte y la putrefaccion tenían ya desfigurado.

Todas las circunstancias de este hecho manifiestan su publicidad, pues pasó en presencia de tantos testigos. Así no pudieron ignorarlo los sacerdotes y los fariseos, y los evangelistas añaden que no pudiendo oscurecer su notoriedad ni soportar su efecto, se determinaron á hacer morir á Jesucristo. También añaden que el disco de ver al resucitado Lázaro, hizo venir muchos judíos de Jerusalem á Betania, y que esta curiosidad, que dió motivo á la curiosidad de muchos, sirvió tambien para irritar á los sacerdotes contra Lázaro. Ultimamente, dicen que este milagro contribuyó mucho á las adclamaciones con que pocos dias despues fué Jesus recibido en Jerusalem.

Ahora pregunto: si todos estos hechos son falsos, ¿cómo los apóstoles y los evangelistas se atrevieron á escribirlos y publicarlos? ¿cómo los han escrito con tanta simplicidad? ¿y por qué los describen tan por menor y con tantas circunstancias? ¿cómo osaron citar como testigos tanto número de personas vivas? y sobre todo, ¿cómo pudieron esperar que fuesen sus cómplices los mismos que tenían tanto interes en desmentirlos? Porque observamos que no solo los indiferentes y los simples, sino los mayores enemigos de Jesucristo, atestiguan sus milagros.

Es verdad que para destruir su efecto calumniaban el principio. Decían que los hacía en nombre de Beelzebú, con una contradiccion tan ridícula, que afirmaban que arrojaba á los demonios con la virtud de su principio, como si este les sirviera contra sí mismo. Lo improbable, que si daba vista á los ciegos y sanaba á los paralíticos, era profanando el santo día del sábado; pero estos recursos necios que no podían tener otra causa que el odio y la envidia, eran una confesion manifiesta de que no podían negar lo que todos veían, y con ellos certificaban la verdad de los hechos. Su malignidad les daba un grado mas alto de creencia.

Los judíos mas enemigos de Jesucristo se vieron tan convencidos de sus operaciones milagrosas, que esta tradicion se ha conservado en su posteridad, y hoy mismo se hallan vestigios de ella en sus antiguos monumentos. En el Talmud al capítulo XII dicen, que Jesucristo debía este poder á la magia que había aprendido en Egipto y al secreto que sabia de pronunciar bien el nombre de *Iehová*. Nosotros no necesitamos de los judíos para saber con qué virtud hacía los milagros. Pero estas ridículas salidas prueban que no podían negarlos, y esto nos basta.

Tampoco los gentiles se atrevieron á negarlos. Celso, que atacó la religion con tanta malignidad y saña, no los negó jamas. Juliano nunca los puso en duda, y solo procuraba disminuirlos, dándoles el nombre de prestigios,

confesaba que había curado cojos y ciegos, que había ahuyentado los demonios; pero no le parecía que estas fuesen grandes obras ni dignas de memoria. Y si estos implacables enemigos del cristianismo que estaban mas cerca de los sucesos, no se atrevieron á chocar contra una tradición tan general y tan constante, ¿con qué osadía pretendían los incrédulos modernos estar mejor instruidos que ellos, y que su temeridad mereciera contra diez y ocho siglos de respeto y de prescripción?

Los incrédulos nos preguntan: si estos milagros fueron ciertos, ¿cómo no se convirtieron todos los habitantes de Jerusalem y de Judea? Pero cuánto la incredulidad es injusta y ciega! No se espantan ellos de lo que falsamente creen, esto es, de que Jesucristo no haya hecho milagros, y de que sin ellos haya convertido muchos judíos y gran número de naciones, y les parece imposible que con los milagros no hubiera convertido á todos los judíos. Pero ¿debíamos advertir, que los profetas vieron con mejor luz que la suya, pues profetizaron que Israel vería grandes prodigios, y que no obstante su incredulidad sería casi general; de muerte, que lejos de que la incredulidad de los judíos sea prueba contra los milagros, nos prueba antes bien, que Jesucristo es el Mesías, pues cumpliólos con ellas las profecías, nos da doble prueba de su divina misión.

Por otra parte, no es difícil de explicar el enigma. Los judíos eran como son casi todos los hombres, que no se aplican ni se afanan por apurar lo que no interesa sus pasiones. La verdad por sí misma cuando no la anima el interés, no les presenta un atractivo bastante poderoso para que la busquen como un bien á costa de muchos afanes. Sucedería lo que sucede de ordinario. Los unos, que solo oyeron hablar de estos milagros, ó no los supieron bien, ó no sacaron ninguna consecuencia, porque no se aplicaron á verificarlos. Otros pudieron estar mas informados, y quizá tambien mas comovidos; pero esta impresión pasajera pudo borrarse por la mala disposición de sus corazones. Creyeron mientras vieron, y desde que dejaron de ver no volvieron á pensar.

Los fariseos y doctores de la ley fueron los mas ciegos porque eran los mas apasionados. Forzados á confesar los milagros porque los veían, los atribuyeron al demonio. Muchos de los que siguieron á Jesus mientras vivía, no pudieron después soportar el escándalo de la cruz. Esta ignorancia era tan contraria á las ideas y á las esperanzas de la multitud, que debió borrar ó esconder á sus ojos la memoria de sus primeras obras. Añadamos que los milagros no producen mas que espanto, sorpresa y un efecto exterior y pasajero cuando la gracia no llega á ablandar los corazones, cuando no ven su resistencia y la secreta aversión que tienen á toda verdad que mortifica los sentidos.

En fin, después que Jesucristo había dado tantas pruebas de su divinidad, dió la mayor con su resurrección gloriosa, con la que se debieron horror todas las impresiones que dejaron las aparentes hazañas de su muerte. Ya hemos visto que este grande suceso es la base y fundamento de la religión cristiana, que él solo basta para demostrar lo que la precedió y la sigue, que por esto Dios se ha dignado de darle tan alto grado de claridad y certidumbre, y que ninguno de los otros hechos que pasan entre los hombres por indubitables, ha sido tan probado ni puede parecer tan seguro.

Que ninguno ha sido referido por tantos autores coe-

táneos, todos testigos oculares dignos de fé y dispuestos á firmar con su sangre lo que habían escrito. Que el mayor número sufrió la muerte por sostener su testimonio; que ninguno otro hecho ha podido dar en menos lugares al engaño ó á la ilusión; que ninguno otro suceso ha sido tan obligado á tantos sacrificios para ser acreditado; que ninguno ha podido estar tan conexo y dependiente de otros hechos indubitables; que ninguno ha sido tan creído por tantos pueblos y por tantos siglos; que ninguno ha mudado tanto el aspecto del mundo, y en fin, que no hay otro que sea tan visible, que solo las dudas interesadas y temerarias, solo las oposiciones arbitrarias y absurdas pueden atreverse á combatir su verdad.

Se ha echado en cara á los apóstoles y discípulos una credulidad ligera; pero su misma relación los justifica. Ellos mismos confiesan que ya no esperaban la resurrección de su Maestro, que los ignominiosos de la cruz les habían borrado de la memoria sus predicciones, destruyendo las pocas esperanzas que tenían. Tan desconfiados estaban, que no quisieron creer las primeras noticias, y cuando el mismo Jesucristo se apareció en medio de ellos, se figuraron ver un fantasma. Fué preciso que les dijera (1): "¡Ed mis pies y mis manos. Yo soy; tocadme y considerad que un espíritu no tiene carne ni huesos." Le veían, le tocaban, y apenas lo podían creer; en fin, para quitarles toda duda les pide algun manjar, comió delante de ellos y con ellos. Después les recuerda lo que les había dicho en vida. Era menester, les dice, que lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos, se cumpliera.

¿Qué pruebas mas positivas y mayores podía dárles Jesucristo de su vida y presencia! ¿quién podía imaginar que después de su gloriosa resurrección conserrase las cicatrices de sus llagas, y que descendiera á experiencias que no parecen dignas de su inmortalidad y de su gloria! Pero todo esto era menester para que los apóstoles se aseguraran. Apenas se rindieron á tantas pruebas, tal era su desconfianza.

Jesucristo no se contentó con dárles estas pruebas ó demostraciones exteriores, tambien los iluminó interiormente: les comunicó la inteligencia de las Escrituras, les dió el encargo de predicar á todos los pueblos la penitencia y la remisión de los pecados; les prometió una fuerza sobrenatural para sostener el peso de tan elevado y difícil ministerio; les ordenó que fuesen á Galilea y les nombró la montaña en que quería les viesesen con todo su esplendor. Así, estas apariciones no eran súbitas, no eran representaciones de imágenes, no eran mudas; Jesucristo les habla, les recuerda lo pasado, les da nuevas órdenes para lo porvenir, en fin, habla con ellos como cuando estaba vivo.

Y pues los discípulos en número de mas de quinientos fueron á Galilea en obediencia de sus órdenes y volvieron de allí contentos lo que había pasado y mas persuadidos que antes de la resurrección de Jesucristo, ¿cómo es posible dudar que sus apariciones fueron ciertas, que sus órdenes fueron positivos y que su resurrección es incontestable! Si en un hecho en que los mas estúpidos no son capaces de ilusión, pueden bastar las simples sospechas ó las dudas voluntarias para recusar la deposición de quinientos testigos y acusarlos á todos de la misma alucinación, ¿cómo se ha-

(1) Luc. XXIV, 39.

laria la certidumbre histórica! Sería menester abrir las puertas al mas insensato pteronismo.

¡Ay, señor! cuando mas examinan los historiadores sagrados, tanto mas seguros parecen los hechos que refieren, y el de la resurrección se hace mas indubitable. San Lucas en sus Actos lo comprueba en poco; solo dice que Jesucristo se apareció con frecuencia á sus apóstoles después de su muerte, y que les hizo ver con muchas pruebas que estaba vivo, apareciéndoseles por espacio de cuarenta dias y habiéndoles del reino de los cielos.

¿Cuántas cosas están encerradas en estas cortas palabras! Las apariciones son muchas; diferentes y continuadas por cuarenta dias. No son, como hemos dicho, rápidas ni mudas, sino acompañadas de largos discursos, de instrucciones relativas á la Iglesia de que los apóstoles eran pontífices, á los sacramentos de que eran ministros, á las verdades eternas de que debían ser los primeros predicadores, y en fin, á la gerarquía y disciplina del nuevo reino que Jesucristo iba á fundar sobre la tierra.

De modo que aquí no hay solamente unas manos que tocan la carne, unos ojos que ven la voz, unos ojos que ven y se aseguran de la presencia del cuerpo resucitado; hay tambien con todo esto una asombrosa interpretación de las profecías mas sublimes, una luz que ilumina las Escrituras mas oscuras, una manifestación completa del plan general de la Iglesia, de esta Iglesia que debía empezar en Jerusalem, recibir después en su seno todas las naciones, y á pesar de las persecuciones y herejías mantenerse firme hasta el fin de los siglos. Ahora pues si los apóstoles no han creído en la resurrección sino después de tantas pruebas y prodigios, ¿quién se atreverá á llamarlos crédulos! ¿pero cómo se podrán llamar aquellos que después de tantas y tan convincentes pruebas observan en no creerla!

¿Cómo podremos llamar á otros que piensan que los apóstoles mismos no la creyeron? Que nos digan ¿cómo ó por qué se empeñaron en persuadirlo al mundo! ¿Les parece verosímil que todos y con ellos los demás discípulos se atreviesen á fraguar una mentira tan peligrosa como de lineante! ¿que ninguno de ellos se opusiese! ¿que ninguno previese las terribles consecuencias! ¿que el temor de Dios ó de los hombres no atajase á ninguno! ¿que ninguno sintiese la locura de aventurarlo todo por nada! ¿que á nadie detuviese la manifiesta imposibilidad del logro! ¿que ninguno se separase de esta intima sociedad de malvados que aspiraban á inventar una religion fundándola sobre la impotencia y el perjuicio, y que en fin, ninguno se haya desmentido jamas estimulado por la conciencia y el temor!

¡Pero quiénes son estos hombres á quienes se atribuye esta ciega y tenaz peridia! Los discípulos de un maestro que les había enseñado á imitar el candor y la sinceridad de los niños, que les había recomendado ser siempre verdaderos y merecer esta reputación para no tener necesidad de usar de juramentos; de un maestro, en fin, que les había advertido que darían cuenta á Dios hasta de una palabra ociosa.

Estos mismos hombres sufrieron las pruebas mas rudas. La persecución les duró hasta la muerte, y los mas de ellos la padecieron cruel y violenta. Con todo, admiramos su valor y nos parece que sufrían constantes sus tribulaciones, porque las sufrían por la justicia y los sostenía el consuelo interior del Espíritu divino. Pero si la resurrección no es

verdadera, estos hombres no son mas que falsarios, dignos de eternos castigos por sus imposturas, y en este caso yo pido que se me expliquen los motivos de su constancia.

¿Qué otros hombres saben que Jesucristo ha muerto, que no ha resucitado, que es un muerto como todos los otros, que por consiguiente no puede librarse de sus persiguidores ni recomponerlos de sus sacrificios, que ya no pueden esperar nada de él, y no obstante, se atreven á forjar y sostener que ha resucitado. Los condenan á los tormentos y á la muerte únicamente á causa de esta impostura. Su conciencia lejos de poder consolarlos, debe devorarlos con remordimientos. Sufren dolores atroces. Se pueden libertar con una palabra y pronunciarse en las agencias mas dolorosas, por no profieren estas palabras que les daría gloria á la verdad y les daría una vida tranquila y serena. ¿Quién puede imaginar una hipótesis tan monstruosa y que tanto repugna á la naturaleza y á la razón!

Pero no es esto solo; porque mientras los hombres atormentan su cuerpo, la idea de Dios debe atear su espíritu. Con todo, vemos que en medio de los tormentos que padecen, están dando gracias al mismo Dios que irrita, á ese Dios de quien no pueden esperar mas que los castigos con que amenaza á los impostores y perjuros. Pero ellos imploran su socorro, tienen sin cesar en sus labios el nombre de Jesucristo, lo invocan como testigo de sus penas, le ofrecen su martirio y confían en que corra sus trabajos, y todo esto no sería mas que una apariencia de virtud, una máscara para cubrir su hipocresía, un velo con que ocultar su loca obstinación, mayor que todo el rigor de los suplicios.

Si para este incrédulo es menester devorar absurdos tan enormes, me parece muy vergonzoso excusar. Por lo menos, yo lo estoy de consumir el tiempo en excusar de mentira y fraude á hombres cuya virtud no solo asombró, sino que convirtió al universo. Porque desde que el Espíritu Santo los llenó de sus dones, no les quedó de humano mas que lo que era necesario para el ejercicio de su celo. Se expandieron á todos los ultrajes, no los detuvieron los peligros, y superaron todos los obstáculos para retirar á los hombres del abismo de los errores y vicios en que se veían sumergidos. Su humildad no tuvo término, su daturá fué inalterable, su paciencia invencible y su valor intrépido. Lejos de que en nada disminuyesen, pronunciaron las maldiciones mas terribles contra los corazones falsos, les cerraron para siempre las puertas de la Jerusalem celeste, y los amonanzaron con el fuego eterno.

Ya hemos visto, señor, que Jesucristo resucitado pasó cuarenta dias en consolar á sus discípulos, en instruirlos, en confirmar su fé y cebar los cimientos de su Iglesia. Ya hemos visto que habiendo llegado el momento de dejar la tierra, los conduce al monte de los Olivos, les anuncia otras nuevas y sublimes verdades, les afirma promesas del mayor consuelo, levanta las manos, los bendice y se eleva á los cielos; una nube le cubre y unos ángeles hablan con todos ellos. Todo esto pasa á la vista de todos, todos lo ven, todos lo oyen, todos los testifican.

¿Pues cómo es posible oscurerir el dudar de la verdad de este prodigio! Porque el monje estás á la vista de todos, los testigos son muchos, todos conocen á Jesus, todos describen las mismas lecciones, todos oyen los mismos discursos, todos escuchan las mismas predicciones, todos ven

la misma maravilla y sienten la misma sensación, todos se regocijan de la gloria de su Maestro y de la esperanza de tener parte en ella, todos dan gracias y van á juntarse para esperar en el retiro y la oración el cumplimiento de las promesas. Esta reunión de circunstancias y testimonios excluye toda posibilidad de impostura y de ilusión. Así es como los hechos de la resurrección y de la ascensión de Jesucristo se sostienen recíprocamente; pero la venida del Espíritu Santo que les siguió tan de cerca, les añade otro nuevo grado de evidencia.

Jesucristo acababa de decir á sus discípulos que se separaba de ellos para subir al cielo, pero que les enviaría el Espíritu Santo, que este los llenaría de una virtud divina, y les trasformaría en otros hombres, que les enseñaría toda verdad; que ellos convencerían al mundo de haber cometido un enorme delito crucificando al que vino para ser su redentor; que el príncipe de las tinieblas por este delito de que fué principal autor, sería despojado del imperio tiránico que había usurpado sobre el género humano, y que el Hijo de Dios, desde el seno de su Padre sería mas poderoso para conducirlos á la verdad y á la justicia.

¡Cuan que fidelidad, señor, con que magnificencia justificaron los sucesos la verdad de estos oráculos grandiosos! Los discípulos de Jesucristo, que eran la Iglesia cristiana que entonces empezaba, estaban juntos en una casa y hacían oración. Un impetuoso viento se siente repentinamente y la comuere, aparecen visiblemente lenguas de fuego que se reposan sobre las cabezas de los discípulos. Ve aquí las señas públicas y exteriores de la venida del Espíritu divino, del Espíritu consolador que les enseñaría toda verdad y que les había prometido Jesucristo; ve aquí el momento de su efusión interior en aquellos corazones y el símbolo de su fuerza invencible.

¿Y cuáles fueron sus efectos? Al instante los discípulos no pueden contener el ardor de que se sienten penetrados. Salen de su retiro, se derraman por las calles de Jerusalén y en presencia de sus habitantes y de la multitud de judíos extranjeros que habían venido á celebrar en el templo la solemnidad del día, increpan á los grandes y echan en cara á los sabios de la nación haber crucificado á Jesús, que era el Mesías, por quien tanto habían suspirado sus padres. Pablan altamente su resurrección, afirman contextos haberlo visto y hablado, explican con fuerza y claridad cuando habían predicho los profetas de su muerte y de sus iniquidades, de sus virtudes y de su gloria, y del imperio eterno que debía ser el fruto de sus sacrificios. Los pueblos extraños de tantos y tan diferentes lugares de la tierra les entienden á pesar de la diversidad de lenguas; cada uno entiende en la suya lo que dicen estos hombres sencillos, y se llenan de asombro.

¿Y quién ha ensueñado tan de repente á los apóstoles tantas lenguas diferentes? ¿qué percepción les hace discernir en medio de tantos idiomas tan súbitamente infusos el que conviene á cada uno, sin mezclarse ni confundirse con los otros? ¿cómo hombres críales en la bajeza y la ignorancia han podido elevarse de golpe á tan alto grado de ilustración é inteligencia? ¿quién les ha dado el poder de trasformar una muchedumbre tan indócil y endurecida en un pueblo nuevo, que se penetra de amor y se somete á la penitencia?

El hecho es que en su primer discurso convirtió tres mil y en el segundo cinco mil. Y no se diga que los apóstoles

debieron tan prodigiosos progresos á espíritus dispuestos en su favor, ó que estas conversiones fueron tan superficiales como rápidas; porque los hombres que convirtieron y que obligaron á adorar á Jesucristo, fueron los mismos que le crucificaron: los que poco antes no creyeren en Jesús porque no veían en las Escrituras mas que recompensas temporales, son los que ahora le reconocen por su Mesías y su Dios; los que no ha mucho no sentían otro interés que el de los bienes visibles y presentes, son los que ya van á venderlos para poner su precio á los pies de los apóstoles; en fin, esos judíos tan carnales y groseros se trasforman en ciudadanos del cielo por sus deseos, que no aspiran mas que al logro de los bienes eternos. Ya forman un pueblo de cristianos que no cuidan mas que de amar á Jesucristo y de imitarle.

¿Quién puede dejar de reconocer en revolución tan grande y súbita la presencia del Espíritu Santo y de su operación omnipotente? ¿Qué mano sino la suya podía en un momento producir virtudes tan sublimes, aniquilar el amor propio, trasformarle en una caridad pura, ardiente y generosa, reformar los corazones corrompidos y fundidos de tal manera en el fuego del amor divino, que no forme mas que un solo corazón y una sola alma? Esto no se puede dudar. Y si es cierto que según la promesa de Jesucristo el divino Espíritu ha descendido, no puede dejar de ser cierto que Jesucristo es el Mesías que ha prometido y que ahora lleno de vida está sentado á la derecha de su Padre, ejerciendo el mismo poder, pues que sin todo esto no hubiera enviado al Espíritu consolador, autor trino de tantas maravillas.

Yo temo, señor, que mis largos discursos molesten vuestra atención. Temo que mis repeticiones la fastidien, y con todo, no siempre me atrevo á suprimirlas, porque si algunas no parecen necesarias, á lo menos podrán ser útiles. Pero no digo todo lo que pudiera, y por no ser difuso omito grandes verdades que pudieran ser excelentes pruebas. Ayer hablamos del viejo Testamento, hoy del nuevo; ayer empezamos por la erención y llegamos hasta Jesucristo; hoy hemos visto á Jesucristo cuando vivía y le hemos seguido hasta dejarle en el cielo. No es esto todo; aun me queda que decirnos mucho. Si me dais licencia, mañana podemos continuar.

El padre se fué y yo quedé sin poder alternar ni tener fuerza para responder una palabra. Cada vez que se iba este padre, me dejaba con un peso que me oprimía el corazón; pero esta vez me parecía que me había echado un monte á cuestas y que no me dejaba respirar. Yo hacía reflexiones por todos lados, procuraba fijar mis ideas, le escuchaba con toda la desconfianza que naturalmente me inspiraba un hombre á quien su educación y su estado debían dictar aquellas opiniones; pero no veía cómo desmenuzarme de su fuerza ni cómo cerrar los ojos á su claridad.

Sobre todo, me hacía temblar cuando le miraba probando la divinidad de Jesucristo con razones que me parecían convincentes, y que sin réplica me llenaban de un temor espantoso, y decía en mí mismo: Si Jesucristo es Dios, ¿qué sacre tan desastrada será la mía? ¿Qué será de Teodoro y de todos los otros amigos? ¡Ay del infeliz Manacé! Estas ideas me consternaban, me destrocaban el alma y me despedazaban el corazón. En la carta que sigue te contaré lo que pasó al otro día. Adios, amigo.

CARTA XIII.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Teodoro mío: apenas llegó el padre al otro día, cuando me preguntó si había hecho nuevo resumen de la conferencia precedente, y yo le leí el que había formado, que decía así:

El padre me ha dicho en su discurso de ayer, que las humillaciones y la muerte de Jesucristo eran la prueba mas clara de que era el Mesías tan prometido y tan esperado, porque estas circunstancias estaban positivamente profetizadas.

Después de haberlo probado con las profecías de Isaias, de Daniel, de David y de otros, ha añadido que todo el Testamento antiguo y todas las ceremonias, ritos y sacrificios de la ley de Moisés, no eran otra cosa que un cuadro en que estaban dibujados de antemano los misterios del Mesías.

Que en los libros del antiguo Testamento se predican la obediencia de los judíos y la conversión de los gentiles, y que esta sustitucion tan cierta despues como entonces inverosímil é imposible de prever, es otra prueba de que el Espíritu divino los ha dictado.

Que la verdad de cuanto contienen los libros del Testamento nuevo, sin considerar la divinidad de su origen y siguiendo solo las reglas de la fé humana, no puede revocarse en duda.

Que ninguna otra historia ha sido escrita por tantos autores contemporáneos y de tanta calidad; pues siendo ocho todos fueron testigos oculares y la mayor parte instrumentales de los hechos.

Que la fé que la tradición ha conservado á estos libros es tan pública y segura, que jamas los enemigos de la religion se han atrevido á negarla, porque los escritores de los tiempos apostólicos citan á cada paso textos sacados de aquellos libros.

Que la misma tradición confirma su integridad y la imposibilidad de toda alteración, porque jamas ha podido señalarse ninguna; porque no se descubre quién tuviese interés en hacerla, y es claro que muchos le tenían en no sufrir, y que si se hubiera podido hacer alguna, los enemigos de la religion al instante lo hubieran advertido y aun echado en cara.

Que los autores del nuevo Testamento estaban instruidos de los hechos que refieren y que eran verdaderos; por consiguiente, que no pudieron engañarse ni engañar.

Que si solo estos principios bastarian para establecer su autoridad, cuánto debe ser mayor cuando se prueba que estos libros son divinos porque sus autores fueron inspirados.

Que los milagros de Jesucristo prueban la divinidad de estos libros, así como prueban que él era el Mesías prometido y que era Dios como su Padre lo es.

Que también la prueba los milagros que hacían los mismos autores; pero que sobre todo, la prueba la resurrección, la ascension y la venida del Espíritu Santo, porque todos estos hechos están probados por otros innumerales testigos, todos oculares, íntegros y puros, que confirmaron estas verdades con el sacrificio de su vida, sin que ninguno se retractase.

El padre escuchó mi corto extracto con agrado, y despues de haberme dicho que era exacto, continuó así:

Repárese, señor, que en lo dicho había lo bastante para quien busca la verdad de buena fé y con sincero deseo de encontrarla; pero muestra santa religion abunda en pruebas, y desde luego es pido que observéis cómo la Divina Providencia se ha dignado de multiplicar las luces vertiéndoas á manos llenas y de manera diferente para alumbrar toda especie de espíritu, y para que ninguno pueda disculparse si cierra voluntariamente los ojos para no ver su claridad. Observad que tanto como ha cubierto de tinieblas los misterios para dejar todo el mérito á la fé, tanto ha manifestado que es Dios el que nos manda creerlos para que nuestra obediencia se someta.

Ayer dejamos ya á Jesucristo sentado á la diestra de su Padre, despues de haber probado al mundo por las profecías verificadas en su persona; por sus milagros, en especial de su resurrección y ascension, que Dios había cumplido su promesa enviando al Mesías, y que este Mesías era el mismo Dios. Ahora vamos á ver que el mismo Jesucristo estando ya en el cielo, ha probado de nuevo esta verdad con lo que se ha dignado de hacer posteriormente.

Desde que Jesucristo dejó al mundo empezó á formar-se su Iglesia. Sus apóstoles empezaron á congregar sus felices y componer con ellos diferentes sociedades ó Iglesias particulares. Y Jesucristo derramó en ellos con tanta abundancia sus dones milagrosos, que los continuos milagros que se hacían en ellos, multiplicaban cada día el número de los fieles, pues probaban igualmente la asistencia del Espíritu Santo, el poder de Jesucristo y la veracidad de la religion que había fundado. San Pablo habla de la efusión de estos dones como de una cosa pública que todos veían. No lo refiere para instruir á los que no lo saben ni para persuadir á los que lo dudan; lo supone como una cosa sabida y que todos conocían.

Lo que escribe sobre este asunto á los corintios y á los galatas, fuera insensato si ninguno de ellos hubiera milagros, si ninguno sanara los enfermos invocando el nombre de Jesucristo, si ninguno tuviera el don de profecía ni hablara las lenguas extranjeras. San Pablo les escribe suponiendo todo esto, y no solo les escribe, sino que les increpa sobre el abuso que hacen. Seria pues menester pensar que San Pablo queria persuadirlos que ejectionaban los prodigios

La luz que los alumbraba es igual á la fuerza que los sostiene, sus discursos al pueblo y al supremo consejo de la nación son monumentos repetidos de la sabiduría celestial que los ilumina. Combaten generosos contra el falso celo de los judíos y gentiles, contra la elocuencia y la filosofía humana que pretenden deslumbrar y arrebatarse las opiniones, y no presentan ni tienen otras armas contra ellos, que la simplicidad de su predicación, la locura aparente de la cruz.

¿Pero por quién quedó el campo? ¿quién obtuvo la gloria del combate? ¿por quién se decidió la victoria? ¿quién fué el vencedor que se vió forzado al silencio? ¿el apóstol? ¿el doctor de la ley? ¿Cuál de las dos sabidurías creyó más que el mundo trataba de locura, ó la que los cristianos llamaban inmensa? Que respondan, señor, la conversión del mundo y el establecimiento de la Iglesia. Pero todo esto con ser mucho no fué sino la menor parte de su triunfo.

Porque cuanto en la tierra era terrible, sabio y poderoso, se reunió para defender la idolatría y ahogar á la Iglesia en su cuna. Los príncipes promulgan edictos feroces, los magistrados los ejecutan con rigor bárbaro, millones de víctimas se sacrifican, y ríos de sangre corren por todas las ciudades del imperio; pero qué consiguen con esfuerzos tan inhumanos? ¿qué alezcan los hombres contra el poder de Jesucristo? ¿qué pueden las empresas que se oponen á su gloria? El fuerte armado fué vencido y aprisionado por su rey legítimo. El demonio que había subido á los astros para hacerse adorar, fué arrojado de ellos y precipitado en los abismos. Sus templos fueron cerrados ó reducidos. Sus altares se vieron por tierra. Sus estatuas reducidas á polvo. La idolatría aterrada y vergonzosa huyó del suelo que alumbró tan largo tiempo, y ocultó en las cavernas sus infamias y supersticiones.

Dios no quiso que los apóstoles vieran toda la extensión de un espectáculo tan dulce como glorioso; pero la Iglesia que dejaron fundada y sucedió á su autoridad, fué la heredera de sus promesas y continuó las conquistas. Nada en sus principios parecía tan despreciable y débil como la sociedad cristiana; pero en poco tiempo se mostró como una alta montaña y mas floreciente que otra alguna; todas las naciones vinieron á arrojarse en su seno como los ríos se arrojan en el mar, todas quisieron ser adoptadas en la familia de Jacob y reconocer á los patriarcas por sus padres. La Iglesia vio á sus pies mas dos soberbias enemigas, la Sinagoga y la idolatría, y sobre las ruinas de ambas se levanta sublime y majestuosa.

Es verdad que la persecucion arrancaba todos los días del seno de esta casta esposa millones de sus hijos; pero ella se consolaba porque su esposo la había dicho que debía triunfar, multiplicarse y extenderse con el sacrificio de muchos cristianos, y confiaba en la bondad de Jesucristo, que no dejaría largo tiempo á sus siervos en el opróbrio y la opresión; esperaba no tardaría el día de su gloria, el día en que la cruz saldría de la oscuridad de las cavernas para servir de adorno al solío; el día en que las cenizas de sus víctimas saldrían de las escudombras para ser colocadas con honor en los altares en que él mismo renovaría su inefable sacrificio.

En efecto, señor, antes muchos de estos enojos que fueron abandonados á las fieras de la tierra y á los pájaros del cielo, volvieron aparecer con gloria. El pueblo lleno de veneración los recogía con respeto religioso, y los hijos de sus

mismos verdugos se les postraban reverentes, de modo que sus tiranos no hicieron más que coronarlos. Su muerte fué victoria; la miseria y tormentos que sufrieron, la causa de su gloria actual, y los instrumentos de su esplendor son hoy las palmas que hermozan la pompa de sus triunfos.

Observad, señor, que aquí hay tres puntos indubitables. La certeza de esta mutación, la magnitud de los obstáculos y la prontitud de los medios que la hicieron; y á la vista de esta verdad se natural preguntarse: ¿cómo mutación tan asombrosa, tan difícil y tan contraria á todos los gustos y á todas las pasiones, se ha podido obrar con medios tan débiles y á pesar de tantos obstáculos? ¿qué causa secreta y poderosa pudo mudar así la faz del universo? ¿quién ha podido obligar á los hombres á que abandonen sus ideas, sus inclinaciones y su culto para adorar un Dios crucificado por su propia nación y adoptar una religión que mortifica tanto á la naturaleza? ¿qué luz tan alta descubrió de repente á los ignorantes las verdades mas sublimes y los misterios mas profundos? ¿quién ha inspirado á tantos filósofos orgullosos sumisión tan humilde y docilidad tan perfecta? En fin, ¿cómo la cruz de Jesucristo ha sido preferida á las riquezas, á los placeres y á las pompas de la gloria humana?

La incredulidad se atormentará en vano si busca una razón natural de sucesos tan inauditos. No hay mas que un modo de entenderlos y explicarlos, y es que Dios lo había resuelto en sus consejos eternos, que él mismo los había anunciado desde el principio del mundo, que Jesucristo los había predicho y era dueño de los corazones que quiso hacer las cosas mas grandes con los instrumentos mas débiles por no dar parte de su gloria ni á los hombres ni á los medios humanos; que sus milagros tan estupendos como multiplicados abrieron muchos ojos, que muchos corazones oyendo su voz llena de fuerza y elocuencia, reconocieron su libertador y su Dios, y que los pueblos al reclamo del Pastor divino vinieron en tropas á entrar en el rebaño de su Iglesia para formar esta familia querida, esta nación santa prometida al Mesías, que debía ser su heredad y la recompensa de sus humillaciones.

Esta aquí, señor, no os he representado el edificio de la religión sino por defuera; pero ahora voy á abrirlos las puertas de su augustó templo; ahora vais á ver que todo lo que hay en él es digno de la grandeza de Dios y perfectamente proporcionado á cuanto el hombre necesita. Es verdad que los primeros objetos que Jesucristo presenta á nuestra vista son misterios incomprendibles que mortifican al orgullo y humillan á la razón; pero despues que nos ha convencido de que él es Dios, ¿le podemos disputar su autoridad? ¿no merecemos que el hombre añada al sacrificio de su corazón el de su espíritu? El que dió el ser á la razón, ¿no la podrá obligar á que crea lo que no la permite comprender?

¿Dónde están los títulos, cuáles son los derechos de esta raza tan presumida que quiere sujetar á su examen hasta los oráculos de Dios? Muy perversita está por sus pasiones que sostiene pretension tan absurda. Debiera reflexionar que de la inmensidad del Ser Supremo neceria relaciones infinitas, cuya profundidad es insouable, y que es delirio querer juzgar de su autoridad por nuestra dependencia, y de su luz por nuestras tinieblas; y pues sabe que en Dios todo es verdadero, justo y santo, debe concluir que todo lo que se dignó de revelar, es merecedor de sus adoraciones, aunque exceda á la esfera de sus luces.

Que nos digan los que disputan á la soberana verdad esta debida sumisión, si la naturaleza no les guarda ningún secreto. ¡Ay, señor! á cualquiera parte que volvámos los ojos tropezaremos con objetos de que se nos ha concebido el uso porque nos era útil, pero que se nos quitó su inteligéncia, que pudiera excitar la curiosidad mas que la gratitud. ¿Cuántos verdades que son tan indubitables como incomprendibles! ¿cuántos objetos vemos sino que los podemos comprender! Esta luz tan admirable en sus movimientos, es fluido llamado el aire, tan imperceptible á la vista y tan activo y terrible en sus fenómenos; este fuego tan oculto en su esencia y tan espantoso en sus efectos. ¿Quién conoce los principios de los elementos, la variedad infinita de sus combinaciones y otras muchas maravillas naturales que los ojos ven, que la razón no entiende, y que se atrevería ella misma á negar si no las viera?

Si los secretos del órden físico son tan impenetrables, ¿cómo no lo serán los del órden sobrenatural? ¿quién es capaz de levantar el velo que los cubre? La razón conoce con claridad la necesidad de un Criador infinito que dé la existencia á cuanto mira; pero cuando se acerca á registrar esta majestad soberana, se deslumbraba y se siente rechazada por su gloria. Sabe que Dios es eterno, que no puede tener fin quien no tuvo principio; pero cómo sabrá penetrar su eternidad? ¿cómo sondear este abismo que se traga todos los tiempos y no presenta la menor orilla? Sabe que Dios es soberanamente inmutable, no ha menester esfuerzo para reconocerle estos dos atributos; pero si quiere conciliarlos, se pierda en sus propios pensamientos.

Si de Dios pasamos al hombre, ¿qué nuevo abismo de oscuridad! El hombre hace infeliz é injusto; no pudo salir así de las manos de Dios, que es la bondad infinita y la santidad por esencia; es pues preciso que él mismo sea la causa de sus males. ¿Pero cómo ó cuándo se hizo delincuente? Jamás la filosofía humana podrá resolver esta cuestion. Ve aquí otra: Dios sacó al universo de la nada, y siendo Dios es consiguiente que le gobierné con una justicia que iguale á su poder; ¿por qué pues tantos malvados gozan de la prosperidad y tantos justos viven en la opresión? Tampoco el espíritu humano sabría por sí solo resolverla.

Y si en el órden físico y moral, ó lo que es lo mismo, en el de la naturaleza y la razon se encuentran á cada paso barreras de que es imposible salir, ¿qué mucho que en el órden sobrenatural de la revelacion se hallen verdades superiores á nuestra inteligéncia? Sin duda debe haberlas; pero desde que sabemos que son dogmas revelados por Dios y que tienen testimonios y el carácter que debe someter á las conazones desechados y á los espíritus juiciosos, ¿cómo es posible dejar de respetarlas?

El increíble repite que no puede ser dogma revelado ni venir de Dios lo que es absurdo y contradictorio. Pero yo les pregunto, ¿es tan cierto, si está tan probado que estos dogmas son contradictorios, cómo está probada la revelacion? Y despues le vuelvo á preguntar, ¿cómo es posible demostrar ni aun percibir esta contradicción? Porque para decir que hay contradicción en un objeto, es menester ver con claridad la incompatibilidad de los términos que la constituyen, tener ideas claras, seguras y completas de estos términos y poder registrar con el espíritu la totalidad del objeto.

Siendo esto así, ¿quién puede pretender tener nociones tan claras y perfectas de cada uno y de todos los misterios, que pueda justarse de conocer su fondo y todas sus relaciones? ¿Los que se atreven pues á decir que las ideas que se incluyen en nuestros misterios son insosicables y contradictorias, dicen lo que no saben, juzgan de lo que no entienden, y abusan de su razon con el pretexto de usar de ella.

Bosuet decía: los incrédulos toman por guía á su razon; pero esta no les presenta mas que oscuridades y conjeturas. Los absurdos en que caen son mayores y mas extravagantes que dicen ser las verdades que los asombran, y no pueden negar misterios incomprendibles sin despreciarse en innumerables errores. Despues de todo, ¿qué otra cosa es su triste incredulidad que un error sin fundamento, un orgullo que no puede sufrir el único remedio que le podría sanar? esto es la legítima autoridad.

El incrédulo no es causa y vuelve á decir que los misterios repugnan al buen sentido y á la razon, y no advierte que cuanto mas pondera esta repugnancia, da mas armas contra sí; porque se le preguntará: ¿cómo siendo tan repugnantes, tan increíbles, han sido tan creídos y lo son todavía? Dejemos aparte todos los argumentos; pero á lo menos no me podrá negar que estos misterios de que se burlan y lo que quiere error, han sido predichos á los gentiles mas entendidos, y que estos los creyeron, pues que tantos milagros se hicieron cristianos.

Tampoco negará que estos misterios que le parecen tan increíbles han sido creídos no en un rincón oscuro de la tierra por pocos hombres ignorantes y groseros, sino en todas las partes del mundo y por naciones ilustradas y cultas. Los apóstoles encargados de propagar el Evangelio le predicaron en todas partes. En el Oriente y Occidente, en el Setentrion y Mediodía publicaron la palabra de Señor. Los gentiles entraban por tropas en el rebaño de Jesús. Las ciudades, las provincias, los imperios adoptaban y creían estos misterios que parecían increíbles. Y no era el pueblo solo el que los creía, no los ignorantes y los bárbaros, sino los mayores eruditos, los hombres de mas erudición y los que pasaban por filósofos y sabios.

Para convencerse de esto basta abrir los libros de los padres antiguos, y sin considerar á estos doctores mas que como sabios y filósofos, sería menester no tener gusto ni discernimiento para no admirar la extensión de sus doctrinas, la penetración de su ingenio, la elevación de sus pensamientos, la fuerza de sus razonamientos, la hermosura y energía de sus expresiones, y hasta la gracia y la dulcedad de sus frases elocuentes, ingeniosas ó patéticas.

No era ciertamente ni espíritus supersticiosos, ni talentos triviales, ni ingenios limitados, á quienes era fácil deslumbrarlos ó hacerles creer cualquiera cosa.

Añadid que estos misterios tan increíbles no fueron creídos porque se apoyaban en opiniones agradables ó en principios cómodos que favorecían el nacimiento, á la educación, al interés; lejos de esto fueron creídos á pesar de la severidad á que obligaban: durante muchos siglos los cristianos por la mayor parte no se componían sino de los gentiles nacidos en el paganismo y educados en la idolatría. Para persuadirles nuestra religion era necesario destruir todas sus ideas, arrancar de su corazón todas sus aliciones y sujetarlos á máximas severas. Si era difícil hacerles creer

cosas increíbles abandonando sus antiguos dioses, sus ritos y sus cultos, no lo era menos obligados á observancias austeras, y no obstante, todos los días se multiplicaba prouisionamente su número. Esto debía parecer al incrédulo mas increíble, y es lo que ha sucedido. Los gentiles se convertían, los idólatras abandonaban sus errores, los falsos sacerdotes se enfurecían, disputaban, amenazaban, perseguían; pero el Evangelio se estableció sobre sus ruinas.

Y no olvidéis que se adoptan con facilidad opiniones que acomodan á la naturaleza ó lisonjan el gusto; que se dejan correr con indiferencia máxima que no obligan á ejercicios penosos ó difíciles. Pero cuando una religión nos dice que el hombre debe aborrecerse y reprimirse, que es menester resistir á los deseos mas naturales, abrazar su cruz, llevarla sobre sí cada día y revestirse de toda la mortificación evangélica, esto no se cree ligeramente, esto no se practica con facilidad y nadie se deja persuadir sino cuando no puede mas, cuando se ve precisado por pruebas tan evidentes que no le es posible resistir.

Pero lo que mas os debe admirar es, que estos misterios han sido creídos con fe tan viva, tan firme y eficaz, que los hombres para practicar estas máximas austeras y para defenderlas lo sacrificaban todo, bienes, grandezas, placeres, salud, reposo y hasta la vida. ¡Qué combates sufrieron los cristianos desde el nacimiento de la Iglesia! cuánta sangre derramaron! Se les veía continuamente desterrados, prósperos, encerrados en calabozos, comparacionados ante los jueces, entregados á los verdugos y atormentados con los martirios mas atroces que podía inventar la barbarie. ¿Y por qué se dejaban atormentar tanto? ¿por qué sufrían tantas dolencias, muertes tan horribles? Por sostener y defender estos mismos misterios que el incrédulo llama increíbles.

En fin, han sido creídos con fe tan constante, que á pesar de todos los obstáculos, se creen después de mil y ochocientos años, y según la promesa de Jesucristo, se creerán hasta la consumación de los siglos. Todo el poder humano ha conspirado contra ellos: los halagos del mundo por un lado, y por el otro las demás pasiones combinadas en el orgullo de la filosofía los han combatido siempre. Pero como las olas del irrisado mar se rompen contra el peñasco que resiste, así todos los esfuerzos de sus enemigos no los han podido desquiciar, y su fe siempre inalterable hoy crece y enseña lo mismo que creyó y enseñó desde su nacimiento.

Ahora me vuelvo yo al incrédulo y le digo: Tu no me puedes negar que estos misterios han sido creídos en el mundo con uniformidad, fuerza y constancia en todas las naciones que los han creído idólatras, bárbaros, salvajes, filósofos y sabios, ricos, pobres, grandes y pequeños, en las cortes y en las ciudades y en los campos: explícame pues ¿por qué decías que son increíbles? O explícame ¿cómo han sido creídos con una notoriedad tan incontestable y evidente, y creídos con estas circunstancias? Es menester que me confiese que hay en esto un secreto que no entiendo. Esta es la verdad y yo voy á descubrirte este secreto.

Sabe que un agente superior á la naturaleza ha dirigido esta obra que era suya, sabe que no cesa de dirigirla con los impulsos ocultos de su providencia, reconoce esta divina mano, póstrate y adórala, avergüenzate de tus burlas ridículas con que la ultrajas, y confiesa que cuando mas abultas

las ponderaciones de su incredulidad tanto mas ensalzas su omnipotencia, pues han podido superarla.

Es pues verdad, señor, que Dios nos ha propuesto verdades incomprensibles y oscuras; pero no lo ha hecho sino grandes y sólidos motivos. La tierra es para los mortales un pasaje rápido, un lugar de destierro; no es pues de extrañar que no gocen en ella del glorioso privilegio de ver la verdad sin velos de nubes, como la verdad en el seno de la misma verdad. Ahora caminan por el desierto de este mundo como el pueblo de Israel después de su salida de Egipto caminaba á la tierra prometida. La antorcha de la revelacion es la columna luminosa que dirige á los hebreos, alumbra es la columna luminosa que dirige á los hombres, alumbra es el Sol de justicia, mostrándonos todos sus resplandores, los ilumina de lleno y los haga eternamente felices.

Observad que esta claridad imperfecta ó esta neblaza de luz y de oscuridad no era necesaria en esta vida. El primer hombre quiso, deberse á sí mismo su ciencia y su felicidad. Por esta doble presunción mereció ser abandonado á la perversidad de su corazón y al delirio de su entendimiento. Dios, no obstante, quiso por su misericordia perdonarle, pero quiso convertirle por medios proporcionados y capaces de humillar y corregir tanto su entendimiento como su corazón. Para este fin, como santidad inalterable le impuso el tributo de sus acciones y deseos, y como verdad superior exige una sumisión pura y eterna á la verdad de su palabra. Con esta doble dependencia el hombre entero vuelve á entrar en el dominio de Dios, su entendimiento desengañado de sus errores ve la verdad, y su corazón curado de sus heridas se restablece en la virtud.

Porque la fe no solo reprime el orgullo, sino tambien impide sus extravíos, arrogía, estiendo y purifica las luces del hombre, le preserva del choque de una multitud de opiniones falsas que le agitan, le enseña el camino que debe seguir y le conduce al puerto, librándole hasta del mismo del naufragio. Este medio que Dios escogió para la separacion del hombre es admirable. No le volvió la sublime inteligencia y sabiduría que perdió por el pecado; pero hizo con él lo que hizo con el ciego de nacimiento, á quien poniendo lodo sobre los ojos, parecia poner un obstáculo á su curacion, y no obstante, le curó con el lodo.

Así ha curado al hombre, no dejándole ver mas que la afrenta de la cruz. Este es el lodo que pone sobre nuestros ojos; la oscuridad de los misterios y la claridad de sus virtudes. Nos obliga á llevarle sin vergüenza, y nos promete que si le lavamos con su sangre, nos servirá de luz. En efecto, la recompensa de la fe es descubrir tesoros de ciencia, de fuerza y de santidad en misterios que parecen oscuridad y locura, hallar ganancias infinitas en el sacrificio de la razon, y alcanzar á comprender que el que no cree es que está en el tinieblas.

Ya hemos dicho otra vez que la fe no escluye á la razon, ni la impide hacer uso de sus luces; que esto fuera calumniar á la religion y desconocerla, pues lejos de tenerse en luz del día, muestra á todos sus títulos, sus pruebas y sus documentos. Exhorta á todos los hombres á instruirse en sus anales y á descubrir en ellos el evidente y augusto carácter de la revelacion que autoriza. Ella dice á todos los que tienen inteligencia: examina, inquiere, averigua si

es verdad que Dios nos ha hablado; si estos oráculos que la religion presenta han salido de sus divinos labios. Este es el objeto sometido á tu examen; pero cuando una vez reconozcas este divino origen, nuevo examen por lo menos es ya superfluo; la razon se debe prohibir, porque debe conocer su insuficiencia, y tiene á Dios por garante de lo que no puede comprender.

Así el cristiano que mas de todo su razon para serlo, desde que lo es no la consulta mas, ni la toma por juez cuando la religion habla. No entiendo lo que eres, pero sabe con evidencia que lo debe creer. La sana razon fué la que le condujo á la revelacion, porque le convenció de su realidad y certidumbre, lo tomó por la mano, le llevó al santuario; pero allí le entregó á la religion, y ella se retiró con admiracion y silencio. Al despedirse dijo al hombre: Escucha un maestro que sabe mas que yo, y no escuches mas que á él: si yo me voy y te dejo, es porque quedas en mejores manos. Era necesario que yo te acompañase para inquirir si Dios ha declarado estos misterios, porque yo no debo creer sino en él, ni darme sino en su verdad; pero pues ya estás creyendo, ya no me has menester, ni te queda otra cosa sino creer y adorar.

De este modo la razon iluminada por la fe no solo se somete á los misterios de la religion, sino que desmiente en ellos sus mismas imágenes de luz y motivos sin fin de gratitud y de amor. Por ejemplo, ¡qué riqueza, qué maravilla no la presenta el solo misterio de la Encarnacion! Permítanme que en su consideracion os haga algunas ligeras reflexiones.

Era consiguiente que pues Dios crió al hombre á su imagen y semejanza, quisiese tambien servirle de modo; pero Dios era invisible, y el hombre después del pecado no tenía ojos mas que para los bienes de la tierra. Era pues necesario que Dios se hiciese visible al hombre; porque de otro modo no parecia posible explicarle su voluntad ni hacerle ver el dechado á que debía conformarse; porque la multitud pronunciada contra el hombre en castigo de su desobediencia era un obstáculo insuperable. La majestad divina, tan infinitamente distante de los hombres por la elevacion de su naturaleza, lo estaba mas por la severidad de su justicia. Este doble motivo de grandeza y de gloria producía en el hombre dos terrores: el uno hacia del espectador de tan alta majestad comparado con el sentimiento de su bajura, y el segundo de su inviolable santidad comparada con su injusticia.

El hombre estaba pues perdido si las cosas quedaban en este estado; ni siquiera podia imaginar el remedio; Dios solo lo encontró, y Dios solo lo podia encontrar. ¡De qué reconocimiento no debe penetrarnos un Dios de amor, que con su encarnacion nos sacó de este abismo y nos ha restituido á nuestro primer estado! Con el velo de nuestra carne entre una majestad que nos asombra, y desarma una cólera que nos aterra, concilia los derechos del Criador con los intereses de la criatura, rinde á Dios lo que se le debe, merece para los hombres lo que les falta, y justificando en sí persona dos extremos tan distantes como la naturaleza divina con la humana, forma, si es permitido decirlo, como un punto de contacto y comunicacion en el inmenso abismo que los separa: Dios se nos acerca, pues se hace hombre; y Dios se nos aleja, pues se unió con los hombres con la mas estrecha de las alianzas.

Pero no es esto todo; la bondad divina hizo mas que unirse con el hombre. Tanto se compadeció con su flaqueza, que quiso ser su fuerza. Antes de su encarnacion era luz de todas las inteligencias. Pero aunque esta luz descubriese á los hombres cuanto conocian, no la creían; á ella misma; todo lo veian por ella, pero á ella no la veían. ¡Qué hizo pues! Se les puso delante, y como sus ojos débiles no hubieran podido sostener su resplandor, se proporcionó á su flaqueza, se revistió de nuestra carne y se encubrió con este velo. Estuviese pudo excitar nuestra admiracion con sus instrucciones y milagros, muestra gratuita con sus beneficios y promesas. Nos acostumbró á verle y amarlo, y cuando dejó de ser visible se retiró á nuestros corazones, su amorosa industria inventó el medio de hacerse allí un santuario, nos advirtió que habitaria en él, que le buscásemos allí, y que lo escuchásemos como el único Maestro que merece nuestra confianza.

Así se ve que Dios ha seguido en la reparacion del mundo moral el mismo plan que formó para la creacion del mundo físico. Después del pecado el espíritu del hombre estaba lleno de tinieblas, su corazón dormido por las pasiones, toda correspondencia con su Criador estaba rota, viva olvidado de Dios, y no obstante, viva tranquilo. Habia perdido su gracia y los derechos á la casta herencia, y esta pérdida no le affligia. No solo se lo habian hecho importantes las obligaciones que le impuso el Autor de su ser, sino que habia caído perdido la memoria. Así los hombres por la mayor parte eran para Dios seres mudos y sordos, y el mundo espiritual era un vasto cementerio en que reinaba el pavoroso silencio de la muerte. ¡Qué horrible situacion!

Para que cesase tan injusto desorden, para que los hombres recobraran su felicidad perdida y se restableciera en el órden moral la armonía que hace toda su hermosura, era menester un mediador omnipotente, un mediador que tuviese la naturaleza de Dios para merecer infinitamente, y Dios tanto como es digno de serlo, y que nos pudiera elevar, para dar con él y por él á nuestro Criador un culto y una adoracion que fuese digno de su inmensa grandeza; y todo esto lo hizo su bondad divina. ¡Qué don! ¡qué dignacion! ¡qué misterio tan augusto y sublime! Con cuánta ventaja se ha restablecido la armonía que destruyó el pecado! El hombre levanta su corazón para amar y glorificar á su Criador; ¡pero qué puede hacer por sí solo! ¡cómo una criatura débil puede presentarle un obsequio digno de su Majestad! ¡cómo su corazón eterno puede elevarse á tanta altura! Pero un Mediador hombre como él ó igual á Dios le presta el suyo, y con él vuela hasta el trono inaccesible de su luz.

Al incrédulo soberrío le parece que el estado de bajera á que el Hijo de Dios se reduce en su encarnacion, no es digno de la suprema Majestad. No quiere acabar de conocer que las almas de su orgullo no sienten la regla de la conducta divina un poco de reflexion le debiera hacer ver, que eso mismo que su falsa ciencia le persuade ser bajo y poco digno de Dios es este misterio, nos era útil y necesario, y que desde que nos era necesario y útil, era digno de Dios; porque nada es mas digno á sus ojos que hacer bien á sus criaturas. Era menester para sacarnos del abismo en que nos habíamos precipitado, que Jesucristo bajase mas

abajo que nosotros mismos, y que se redajese á una vida mas laboriosa y mas expuesta á todas las miserias que lo es de ordinario la vida de los hombres.

Era menester un objeto de tanta fuerza para despertar su atención, para que se asombraran de ver que la Divinidad descendía por su amor hasta este extremo, para que pasaran del asombro á la confianza y se atrevieran á descansar en su bondad; para que conociesen que hasta allí se habían fatigado inútilmente con el deseo de ser felices, y en fin, para que Dios, que en realidad no se puede abajar, levantasé el hombre de la tierra y le sostuviese con su propia virtud. Así los atamientos de Jesucristo lejos de hacer tróbar nuestra fe, la fortalecen; porque sabe que no los produjo la necesidad, sino la elección, que no fueron firmeza, sino misericordia, no debilidad, sino clemencia; pues que sin dejar de ser grande, nos elevaba, sin empobrecerse nos enriquecía, sin perdor su propio ser, nos comunicaba á nosotros el suyo, y en fin, nos mostraba su amor conservando su grandeza y su poder.

Observad tambien, señor, cuán propio es este misterio para descubrimos los atributos divinos; y cómo estos resplandecen mas cuando se considera su término, que fué el sacrificio que Jesucristo ofreció en el Calvario por los hombres. Ved á Jesucristo sobre la cruz, y allí veréis su majestad y su fuerza. En ella está como dueño de la vida y de la muerte, como árbitro soberano que abra el cielo á los que le reconocen y deja á los incrédulos en su obstinada impendencia. La cruz le sirve de tribunal, y en ella decide los destinos de los hombres. Un día toda la tierra se verá forzada á comprecer en su presencia.

La cruz es un altar en que el Pontífice de la nueva alianza consuma su propio sacrificio con caridad infinita y soberana libertad. Sus verdugos son los que ejecutan esta obra de misericordia, y abandonándose ellos á su inicuo ministerio, con aquel delito completan sus designios, y el mismo Jesucristo acaba nuestra redención. La cruz es una cátedra en que se presenta al universo como su Legislador supremo, confirmando con su ejemplo lo que nos quiso enseñar en su amonición augusta; es un trono en que está elevado, y aunque una ignominia pasajera esconde su majestad, desde allí descubre toda la extension de su virtud y de su imperio.

Habia predicho que cuando seria puesto en la cruz, todo lo atraeria á sí y ya todo lo atrae, ya veo á los reyes humillados y á las naciones postradas á sus pies. Extiende sus brazos al Oriente y ota al Occidente para recoger sus escogidos, que están en diversos lugares y son de diferentes siglos. Hacia tróbar como Sansón á la ignorancia y á la impiedad, que son las dos columnas del templo en que el edificio se hacia adorar; y cuando con su soberano poder alcanza, persuade y atrae á los que su Padre le envia, rompe, vence y destruye todo lo que se opone á su reino, todo lo que resiste á su victoria.

Pero lo que en este misterio deba interesarnos mas, son los evidentes testimonios de su infinita bondad y del amor incomprendible que tiene á sus criaturas. ¿Cómo es posible no enternecerse hasta lo mas íntimo del alma, viendo que el Hijo único de Dios descendiendo en medio de nosotros, se une con nuestra naturaleza degradada, se asocia á la familia humana, tan despreciable y desgraciada, se hace el primogénito y el mas perseguido de los hombres, toma sobre sí

las humillaciones y castigos que habíamos merecido, se alimenta de los frutos amargos que produce la tierra ingrata, habita en un suelo maldito y recoge para sí todos los horrores de la ignominia, del dolor y de la muerte para procurarnos á tanta costa suya la inocencia, la paz y la inmortalidad de su gloria?

¿Y por quién hace tan grandes y tan inauditos sacrificios? Por nosotros que óramos sus enemigos y que no estábamos pesados de serlo; por nosotros, que á tantos delitos de firmeza añadimos otros mayores de inordinidad, de obstinacion y protervia. Una sentencia que parecia irrevocable habia ya pronunciado nuestra condenacion. Dios se la debía á su justicia; pero entonces habló por nosotros su misericordia, y entonces fué cuando este Padre piadoso nos sacrificó á su Hijo único, eterno objeto de su amor, y entonces fué cuando este Hijo divino consiente gustoso un morir por nosotros.

Este prodigio de bondad! en favor de pecadores, tan injustos como ingratos, será eternamente un abismo á que jamás alcanzarán las celestes inteligencias, y todas se postarían temblando en la presencia del Altísimo sin poderla medir ni comprender. ¿Cómo le alcanzarán pues las inteligencias humanas? Pero por lo mismo que está tan arriba de sus pensamientos, es mas digno de Dios y nosotros mas inexcusables de querer hallar en la inmensidad del beneficio un pretexto á nuestra ingratitude.

Así es como la inmensa bondad de Dios derramó de lleno sus riquezas para la reparacion del hombre, sin que su santidad y su justicia perdiesen ninguno de sus derechos. Desde que la maldicion fué pronunciada contra Adán y su posteridad, Dios no se podia aplacar sin una satisfacion correspondiente y sin que el hombre hiciera penitencia. ¿Pero qué penitencia podia hacer el hombre si Dios no se la inspiraba con su gracia? ¿Y cómo podia inspirársela mientras era objeto de su cólera por la vista de su iniquidad? ¿Cómo podia su justicia dispensarle tan alto beneficio sin que estuviese reconciliado? ¿Y cómo reconciliarle que estuviese su justicia satisfecha? El orden que quedó trastornado por el pecado, no podia restablecerse sino por el castigo del delincuente, y la majestad de Dios ofendida exigia la pena de la culpa; Jesucristo corrió todas estas dificultades; se revistió de la naturaleza humana para que la justicia divina se satisficiera en ella, se sometió á la maldicion, y sometidos los destruyó.

De este modo todos los intereses se acomodaron. La justa indignacion de Dios quedó vencida y desarmada por una satisfacion que igualaba y aun excedia á la malicia de la ofensa. Su Majestad suprema fué mas glorificada con la muerte y obediencia de su Hijo divino, que pudo ser ultrajada con la desobediencia del esclavo rebelde; y en fin, los méritos del hombre-Dios destruyeron al pecado, aplacaron la justicia, cuya severidad amanzaba al pecador, y excitaron en su favor las dulzuras de la misericordia.

Me he detenido, señor, en este misterio, para haceros ver que no obstante que es incomprendible, contiene en sí para nosotros grandes instrucciones, dulces consuelos y admirables ejemplos. ¿Qué grande es Dios! Pues solo las humillaciones del hombre-Dios podian ser satisfacion proporcionada á su grandeza. ¿Qué santo es Dios! Pues era menester la sangre de un Hombre divino para que se fuese la victima agradable. ¿Qué justo, qué terrible es Dios!

Pues sola la muerte de un hombre-Dios le podia aplacar. ¿Qué horrible es el pecado! Pues para borrarle y perdónarle ha sido necesario tal Pontífice, tal sacrificio, tal hostia.

De la misma manera todos los demás misterios nos enseñan; y aunque el hombre no los comprenda en esta vida, no hay ninguno que no tenga su utilidad particular. Todos nos enseñan de baxa á la religion, á su destino sublime y á su moral puro. No se citará una verdad útil que no la haya enseñado en ellos Jesucristo, desvelándonos en toda su profundidad y plenitud. Este divino Maestro es el único que ha dado al hombre una idea justa y digna de su Dios; es el único que le ha hecho conocer su Criador, este Criador que habia abandonado para sustituirle divinidades engañosas. ¿Qué otro legislador ha explicado con tanta grandeza y dignidad la naturaleza de este Dios escondido? ¿Quién nos ha descubierto con tanta claridad sus perfecciones, sus designios, y sobre todo, los juicios que hace de las acciones de los hombres?

Escuchad lo que os han dicho de este Dios que legisladores mas ilustres, los filósofos mas sabios. Sus limitadas concepciones no podian figurar mas que dioses conformes á sus pequeñas ideas. Por mas que se esforzaban á volar con su débil espíritu, no podian levantarse mas arriba de su corta esfera. Se perdían en los espacios que querian correr; y su imaginacion confundida y extravaviada volvia á caer en el vacío de su pequeñez, ó producía abortos monstruosos de su delirio y poco dignos de la suprema Majestad. Los unos le hacian indolente, los otros los multiplicaban, y hacian dioses que se les parecian á ellos, pues les daban las mismas pasiones que ellos tenían, y hacian consistir su felicidad en placeres groseros que no los hacian felices á ellos mismos.

¿Qué diferencia de esto al Dios que nos enseña Jesucristo! Era menester ser dios para conocerle tan bien y poderlo explicar con tanta grandeza y propiedad. Así, fué el primero que pudo dar á los hombres ideas tan altas y sublimes de su naturaleza. Este Dios es el que es: el que existe por sí mismo, el Ser por esencia, la plenitud y el principio del ser. Es único y solo; porque siendo el que es por su propia naturaleza, es necesariamente indivisible, no puede tener compañero. Es el Señor de todo porque todo lo ha criado, acompañado. Es el Señor de todo porque todo, porque todo lo llena con su gloria, porque todo lo sostiene con su poder, porque todo lo dirige con su sabiduría y todo lo dispone con su providencia.

Desde el centro de su inaccesible eternidad en que era para sí mismo reposo, felicidad y trono, desarrolló toda la serie de los siglos, ordenó las generaciones futuras, señaló á cada criatura, aun antes de sacarla de la nada, el espacio que debía ocupar en el universo, y la destinó las funciones de su ministerio. Es la luz universal que ilumina las inteligencias de todos los lugares. Es un testigo secreto pero vigilante que penetra los rincones mas ocultos del corazón y hasta el pliegue mas recóndito de la conciencia. Es la verdad inflexible, la regla inmutable de nuestros pensamientos, juicios y acciones; pero regla viva, que muestra al hombre obligaciones que le confirman cuando las viola, ó le consuelan cuando las desampara.

Es santidad por esencia; condena todo lo que no es justo y arreglado. Se ofende de lo que nos mancha y envilece. Es la justicia soberana, y si sufre que por un tiempo el pe-

eador viole su ley, que oprima á la virtud ó que persiga á la inocencia, no es por insensibilidad ni por flaqueza, pues después que deja triunfar pocos momentos á los malos, destruye en falsa alegría y los hace tan infelices como fueron culpados. Pero los castiga como por fuerza y por la necesidad de su justicia, pues es por sí mismo bondad infinita. Nos ama como sus hijos, y mientras nos dura la vida, nos guarda y excita al arrepentimiento y penitencia. Es el último fin y el soberano bien; de su excelso trono sale un río de paz y de gloria; su felicidad será la nuestra, si la deseamos y la merecemos, si le servimos sin buscar mas aprobacion que la suya, y si con ella nos consolamos del desprecio y la censura de los hombres.

Ve aquí el Dios que nos ha descubierto Jesucristo, el Dios que nos hace adorar; Dios que los hombres no habian conocido y que él solo nos ha manifestado. ¿Pero cómo podian conocerle si no se conocian ellos mismos? Antes podian conocerle en su propio origen, su naturaleza y su fin de su verdad ignorada; su grado no perdieron el deseo de su felicidad, pero confundieron sus ideas y no les quedó ninguna para discernir los bienes verdaderos de los falsos. Toda la esfera de su ambicion estaba confinada en esta breve vida, sin dudar ni considerar que habia otra que debía ser eterna.

Jesucristo fué el que los descorrió el velo que habia puesto sobre sus ojos el pecado. Les enseñó que su origen es celestial, que fueron hechos á la imagen de Dios y que lo son semejantes; les hizo ver la excelencia de su naturaleza, les descubrió los extravíos á que los sentidos los arrastran, les hizo examinar su propio corazón, para que sintieran que nada les puede satisfacer mas que la suprema verdad cuando la ven claramente y sin velo; les instruyó de la grandeza y santidad de su destino, y en fin, les hizo ver que fueron criados para ser eternos, que son mas grandes que cuando debe acabar, y que no pueden sin villosa sujetarse ni depender sino de tan soberano Criador.

No fué para excitar su orgullo el descubrir Jesucristo á los hombres tanta gloria; pues al mismo tiempo que les manifestó su noble origen y sus excelso esperanzas, no les dejó ignorar ni el peligro de sus males ni la profundidad de su miseria; y para convencerlos les declaró que todos son culpados; todos enemigos de Dios, incapaces de recobrar su grado con solos sus esfuerzos; que sin su luz quedarían en tinieblas eternas, que sin su sacrificio serian condenados á la muerte del alma, que la verdadera vida consiste en conocerle y conocer á su Padre que le ha enviado; que el principio de la vida, que debe ser eternamente feliz, depende de la fe en sus merecimientos; que toda religion que no le adora debe ser supersticiosa y vana, y que toda filosofía que sin su nombre prometerse reformar y hacerlos felices, es impiedad y delirio.

En fin, Jesucristo ha sido el único que ha dado ideas justas de los bienes y males verdaderos. El divino Legislador elevó las almas inmundas á pensamientos dignos de ellas. Puso por fundamento de su religion una vida futura, en ella una gloria sin fin ó una gloria eterna; nos descubrió en un rasgo los males de que es preciso huir y los bienes que debemos buscar. Nos persuadió que la virtud no es nombre vano, y que tiene derecho para aspirar á dichas inmateriales; que debe ser preferida á todo, aunque alguna vez la tierra se vea oprimida y desdichada; que la voluntad

do Dios es la suprema ley, que el hombre le debe una obediencia sin reserva, y qué no puede sostenerse ni ser feliz sino por ella; que todo lo que existe en el mundo huye y se desmenuza como el humo; que solo las acciones morales tienen una existencia que dura mas allá de los tiempos, y que el que fué las ha conformado á la divina ley, no puede hallar en la eternidad mas que dolores que no acaban é ignominias que no cesan.

No solo Jesucristo nos ha declarado sin seguridad estas verdades espantosas, sino que las anunció con tal autoridad á pesar del terror que inspiran y de la repugnancia que debía serles una naturaleza física y corrompida, que logró millones de victorias, y desde su tiempo á nuestros días ha continuado sus conquistas, perpetuando en innumerables corazones el efecto de su persuasión. El supuso esperar en ellos todos los obstáculos del mundo y de la carne, sometió todas las resistencias, disolvió todos los argumentos, dispuso todas las dudas, esegó todas las agitaciones y puso fin á todas las solicitudes. Jesucristo nos propuso tan poderosos motivos y nos los hizo tan sensibles, que consiguió vencer el entendimiento, y tambien calmar al corazón; pues el ejercicio de sus máximas le hace experimentar aquella dulce paz que solo puede darle la posesión de la verdad.

De estos principios ha nacido la hermosura del moral cristiano, moral cuya pureza y elevación jamás los hombres habían podido conocer, moral digno de Dios, y el único que los hombres han visto proporcionado á su flaqueza, y que es remedio á todas sus necesidades. Echad los ojos, . . . Pero, señor, veo que me iba á echar al mar con imprudencia. Esto es cuanto vasto, pide tiempo, y ya es tarde. Por otra parte, veo que abuso de vuestra paciencia. Si solo tan bueno que todavía no estáis cansado de mi importunidad, mañana podré tratarle con vuestra licencia. Verdaderamente, Teodoro, que yo no podía mas, te confieso que yo ni en e cubian tantas ideas en la cabeza, y como que me sentí aliviado de que el mismo se interrumpiese. Le di gracias y se fué, citándonos para el otro día.

¡Pero cómo quedó, Teodoro mio! Estaba como un hombre que habiendo pasado muchos años á oscuras, se le dió de repente luz, y se lo presentaron con ella en perspectiva grandes y bellos objetos que nunca hubiera visto: templos magníficos, fortalezas formidables, jardines deliciosos, palacios suntuosos en que brillaba la pompa mas lucida. El creyera ver todo esto. No pudiera dudarlo, pues los tien-

delante de sus ojos y fija en ellos la vista; con todo, aturdimiento de la novedad no se determina á temerlos por ciertos, temo que no sean vapores, visiones ó fantasmas de su sueño, y que él mismo se seduce, pesa que una ilusión mágica le engañe, y esta inquietud de ceptirle atormentada mas de lo que le recrea tan deliciosa vista.

Este era el efecto que producian en mí los discursos del padre. Me mostraba cosas grandes, magníficas y nuevas para mí, que sorprendían mi imaginación y la llenaban de asombro. Yo me espantaba de hallar tanto que yo no sabía y que me hacia parecer muy pequeño á mis propios ojos; pero todo esto lejos de consolarme me inquietaba, porque solo veía verdades que inspiraban terror cuando volvía los ojos sobre mí.

Ya empezaba á dividir este plan prometido y traía alguna cosa del órden admirable, de la armonía y arreglado concierto que me estaba anunciado. Las profecías me parecían tan difíciles de prever en su origen, como fáciles de entender con los sucesos. Yo le escuchaba razones sin réplica, reflexiones llenas de evidencia; buscaba dónde podía estar el error ó el engaño, y no encontraba mas que razon y solidez. El designio de Jesucristo me pareció vasto, su intento de reformar los hombres le tenía por divino, su logro me llenó de asombro. Sentí todas las dificultades, admiré los medios, y después decía entre mí: sus predicciones son tan justas, sus milagros parecen tan probados, que así es imposible no creer que es Dios, pues solo Dios es capaz de todo esto.

¡Pero es posible que sea verdad! . . . ¡Cómo es posible que no lo sea, si tantos testigos. . . ! Ah, Teodoro! ¡qué hubiera dado por tenerle allí y á todos nuestros amigos! ¡qué hubiera dado porque hubiéramos oído lo que yo, para ver lo que podías decir! ¡qué hubiera dado para que el intrépido Roberto, que con su Voltaire, que sabe de memoria, es tan inexorable en sus violentos sarcasmos contra la religión, hubiera escuchado á este buen padre, que parece tan sencillo y modesto! Apuesto á que lo hubiera hecho bajar el tono y que hubiera perdido su insolencia. En fin, yo no sabía cómo desenredarme del embarraco en que me había metido. Empezaba á temer acabar por ser víctima de su persuasión, y hacia cuanto podía para apartarme con tanto prestigio. En la que seguí á esta, te contaré lo que me dijo sobre el moral del Evangelio. Adios, amigo.

CARTA XIV.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

Apenas, Teodoro mio, al otro día vino el padre, cuando yo le presenté mi extracto, concebido así:

El padre ha probado hoy la verdad de la religion cristiana por los dones milagrosos que hizo Jesucristo á su Iglesia primitiva, y la verdad de estos dones por el testimonio de los apóstoles y de los escritores de aquel tiempo, por la rí-

pida multitud de conversiones que produjeron, y por el testimonio constante de la no interrumpida tradicion.

Ha explicado el designio de Jesucristo cuando fundó su religion, que era iluminar y reformar á los hombres.

Persuadir á los judíos que su culto era ya insuficiente, y elevarlos á otro mas espiritual.

Despertar á los gentiles de su letargo, echar por tierra sus templos, desterrar sus ídolos, llamar á la fe cristiana los idólatras, y transformar hombres groseros y sumergidos en la carne y la sangre, en hombres espirituales, castos, desinteresados y santos.

Enseñarlas verdades duras, pero útiles y necesarias, sobre todo que hacieron padeceros y enemigos de Dios, que no pueden con solos sus esfuerzos salir de tanta miseria, que necesitaban de un mediador, que este mediador es Jesucristo, y que deben reconocerle y adorarle.

Que una empresa tan inmensa y difícil, que ningún hombre podía imaginar, fué ejecutada por Jesucristo, y con medios tan débiles y aun tan contrarios, que mas debían parecer obstáculos, pues para consumarla escogió pocos hombres, y estos pobres, ignorantes y sin autoridad.

Que lejos de animar su celo con la promesa de ventajas temporales, no les dejó ver otra perspectiva que la de tormentos, aflicciones y muerte.

Que á pesar de todo esto, unos instrumentos tan débiles perfeccionaron una empresa tan dura.

Que las predicciones de Jesucristo, que entonces parecían tan inverosímiles, se verificaron á la letra con la mas exacta precision.

Que la que hizo de la ruina de Jerusalem se cumplió literalmente, y la vieron cumplir muchos de los que la oyeron.

Que sea que se examine la religion cristiana en sí misma, en sus obstáculos, en sus medios ó en sus efectos, es indispensable concluir que no puede ser mas que obra de Dios.

Que los incrédulos son injustos cuando baldonan á la religion que propone misterios incomprensibles.

Porque Dios puede mandarnos crear lo que quisiera, aunque nuestra razon no lo comprenda.

Porque en el órden de la naturaleza y en el de la razón ó en el órden físico y moral, hay tambien arcanos que no podemos comprender, sin ser por este menos ciertos, pues que son palpables.

Que los misterios de la fe no son contrarios á la razon, sino superiores.

Que Dios por su bondad y su subiduría, y tambien por su justicia, debía proponer á nuestra fe misterios incomprensibles.

Porque la emision que Dios exige no solo es justa, sino que tambien nos es útil.

Porque la razon bien dirigida es la que nos conduce á su creencia.

Porque en ellos resplandecen los atributos divinos, y para dar un ejemplo ha desmenuado el padre esta idea en el misterio de la Encarnacion y en el sacrificio de la muerte de Jesucristo.

Y porque, en fin, toda su doctrina está fundada en estos misterios, y que de ella naecen la hermosura y la elevacion del mortal cristiano: iba á hablar de esto, pero se interrumpió reservándose para hoy.

Es verdad, dijo el padre, hoy debo hablaros del moral cristiano. Y desde luego os aseguro que si me ha sido fácil manifestaros que cuanto la religion nos manda creer viene de Dios y es digno de su grandeza, me lo será igualmente probaros que todo lo que nos manda practicar no lo es menos, ni menos saludable y proporcionado á lo que el hombre necesita. Jesucristo dió en un solo discurso, en

el primero que hizo y que se llama el de la montaña ó de las bienaventuranzas, mayores y mas útiles lecciones que las que pudo dar la razon humana en mas de cuarenta siglos. ¡Qué sublimidad de pensamientos unida á la simplicidad de las palabras! ¡cuántas virtudes nuevas que el mundo no conocia! ¡qué ideas tan contrarias á las que los hombres esperaban!

El moral del mundo era un edificio sin cimiento. Todo era vacilante, incoherente y arbitrario. Moral sin autoridad, pues sus proclamaciones no presentaban títulos que les diesen derecho para imponer leyes. Moral sin fundamento ni motivos, pues no prometia nada para después de esta vida, ó sus promesas eran vagas, tan inciertas y oscuras, que no alcanzaban á contristar el impulso de las pasiones. Moral sin fuerza, que se contentaba con ostentar máximas fastuosas al oído, pero que no podian entrar en el alma en donde estaba el dolor; pues la filosofía no penetra hasta allí ni con su vista ni con sus remedios. Moral feble, pues que no arregla mas que el exterior, dejando el corazón en su corrupción y su malicia. Y en fin, moral sin utilidad, pues no podia glorificar como se debe al Ser Supremo, á causa de que no le reconocia ni por principio, ni por regla, ni por último fin.

Tampoco era capaz de santificar al hombre y conducirle á una felicidad eterna, pues lo dejaba ignorar su primitiva grandeza, su posterior degradacion, y no le presentaba medio alguno para restablecerse en su inocencia. ¡Qué diferente es el moral del Evangelio! el no declara nuestras obligaciones, explica los fundamentos, propone los motivos, arregla la extension y nos estimula con los castigos ó las recompensas.

Lo primero que nos prescribe es adorar al soberano autor de nuestro ser, concebir de sus divinos atributos la idea mas alta que pueda alcanzar nuestro esfuerzo, suponer siempre que es perfecto en todo y regla de la perfeccion, verle con el respeto mas iluminado, amarle con el amor de la preferencia mas universal, con un amor tal, que dirijamos á su gloria cuanto recibimos de su bondad, con un amor que llene toda la esfera de nuestro corazón, que purifique sus deseos, que santifique sus inclinaciones y umbiegua sus esperanzas.

Leemos los libros mas alabados de la antigua gentilidad, y no se encontrará en ellos nada que sea comparable á estas dos palabras del Evangelio (1): *Amarás á tu Dios con tu corazón, y á tu prójimo como á tí mismo*. Ningun filósofo, ninguna moral que no tenga mas luz que la de la razon; en fin, ninguna religion sino la verdadera, ha dicho que era menester amar á Dios. Y este sentimiento tan dulce y tan legítimo, este deber tan indispensable y tan justo, que hasta el corazón mas bárbaro le experimenta cuando no le endurecen sus pasiones, hubiera sido olvidado sin el aviso de nuestra religion.

Ya hemos visto, señori, que porque Dios es la suma verdad, debemos creer cuanto nos dice y esperar cuanto nos promete. Que por esto la religion de Jesucristo exige de nosotros una fe pura, que no mezcle con la palabra divina ninguno de nuestros pensamientos, una fe humilde sin curiosidad, una fe viva que se anime con el amor, y que no sea de corazón con la verdad eterna. Pues del mismo modo

(1) Luc. X. 27.